SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

La Gobernadora

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE



MADRID
SALÓN DEL PRADO, 14, HOTEL
1901





LA GOBERNADORA

LA GOBERNADORA

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
8 de Octubre de 1901



MADRID
B. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1901



A Rosàrio Pino

Jacinto Benavente

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
JOSEFINA	Sra.	Pino.
LA MARQUESA DE TORRELODONES	Srta.	Catalá.
DONA O	Sra.	García.
ESPERANZA	Srta.	Bremón.
JIMENA		Sampedro.
BELISA		Sánchez.
LA MARQUESA DE VILLAQUEJIDO		Tejada.
TERESITA		Colorado.
LA MENÉNDEZ (1)	Sra.	Rodríguez.
DONCELLA	Srta.	Muñoz.
DON SANTIAGO	Sr.	Rubio.
MANOLO		Morano.
PACO		Mata.
DON TEODORO		Vallés.
DON GUILLERMO		Castro.
DON BALDOMERO		Gonzálvez.
MARQUÉS VIUDO DE TORRELODONES		Mora.
DON BASILIO		Leyva.
ANTONIO CAMPOS		Tallaví.
PIMENTÓN		Sepúlveda.
POLITO		Catalá.
REGUERA		Olías.
GARCÉS / DON TRINO		Mendiguchía.
DON ROSENDO		Mora.
DAMIÁN		López Alonso.
UN EMPLEADO		Belda.

Señoras y caballeros, gente del pueblo

En Moraleda, capital de provincia

(1) La Sra. Rodríguez se ha encargado de este papel por deferencia al autor.

ACTO PRIMERO

La Plaza mayor de Moraleda

Al levantarse el telón se oye repicar de campanas y disparos de cohetes. Gente del pueblo en todas direcciones, chiquillos voceando periódicos. «¡El Diario!», «¡La Voz!», «¡El pograma de las corridas, con los nombres y señas de los toros que se han de lidiar!»

ESCENA PRIMERA

DON ROSENDO y DAMIAN

(Don Rosendo se sienta á uno de los veladores que habrá á la puerta del café. Damián se acerca.)

DAM. ¡Felices, don Rosendo!

D. ROS. ¡Felices!

DAM. ¡Buen día tenemos! ¡Si sigue así toda la feria! ¿Qué va á ser, don Rosendo? ¿La cervecita?... (Saludando á unos que pasan.) ¡Felices, señores! Buen día, ¿eh? Si sigue así todas las fiestas... Con que, ¿la cervecita?. .

D. ROS. No; tráeme café con media tostada.

DAM. ¡Hombre! ¡Café con media! ¡Vaya con don Rosendo! ¿Qué idea le ha dado?... (Riéndose á carcajadas.)

D. Ros. Sí; no me he desayunado todavía. Arreglando la exposición del escaparate para estos días.

Dam. Son días de trajín para todos. Y, ¿no abre usted hoy?

D. Ros. No. El escaparate nada más, ¿qué quieres? Es día festivo.

Dam. ¡Pero en feria!... Pues algo perderá usted.

D. Ros. Ya lo sé. Pero no es cosa de indisponerse con las señoras que han formado una Junta; ya lo sabes, presidida por el señor Obispo, que tanto me ha distinguido siempre.

Dam. Es verdad. ¡Con quien se vive, se vive. Con que, la media tostadita con su café... (A una criada que pasa.) ¡Ahí, las mujeres!... ¿No quieres tomar nada? Buena cesta llevas. ¿Hay forasteros en la casa?.. Abur.. porque tú no quieres... (Volviendo al lado de don Rosendo.) La criada de don Baldomero. ¡Buena mujer! Dicen que es la verdera señora de la casa Porque don Baldomero, ya sabe usted, se vuelve loco por el zagalejo. A ésta la trajo de Villaquejido; es hija del montaráz... pues si es la primera mujer, ya sabemos todos la historia; y si es la segunda, doña O, ¡que ha sido guapetona, si las hay! pero los años no pasan en balde... Oiga usted, y esto en secreto, ¿creerá usted que hay quien ha dicho que don Baldomero y esta muchacha?... Calle usted... ¡Dicen unas cosas! Han querido dar jicarazo á la señora... ¿Qué le parece á usted? Lo cierto es, que la chica ha venido aquí muchas veces por helados...

D. Ros. ¡Caramba! Y aquí envenenáis los helados...

Dam. No .. ¡qué cosas tiene usted! Pero, en fin, ¡por probar la coartada!... ¿No ha leído usted las *Memorias de un Jefe de policía*?—Medio siglo de crímenes.—Habla allí de un envenenador que siempre convidaba á sus víctimas á tomar algo en el café... de este modo pudo probar siempre su inocéncia; hasta que una vez, el jefe de policía, por un jemelo de cadenilla que encontró en una taza...

D. Ros. Pero, hombre... ¡Que se me enfría el café!

DAM. ¿El café?... ¡Ay, qué gracioso! Si no le he servido á usted todavía... ¡Vaya, que tiene usted una sátira, don Rosendo!... ¡Volando! ¿De arriba ó de abajo la tostadita?

D. ROS. De donde caiga. (Sale Damián; al salir, Garcés, que se ha sentado á un velador antes de terminar la escena, le llama.)

ESCENA II

DICHOS, LA MENÉNDEZ y GARCÉS

DAM. ¿Qué va á ser?

GAR. Por ahora, nada. Recado de escribir.

DAM. ¿Y la señora?

MEN. Lo mismo.

DAM. ¿Recado de escribir también?

GAR. No, hombre: que por ahora nada.

DAM. (Llama.) ¡Chist!... ¡Recado! (A don Rosendo.) Son del teatro; de la compañía que debuta esta feria. No es maleja ella, ¿verdad? Conque, ¿de abajo la tostadita?... Volando. (Sale.)

MEN. ¿A quién vas á escribir?

GAR. A nadie. Es por pedir algo. Haré cuentas. Yo siempre llevo cuenta de todo. No soy como la mayoría de los artistas, bohemios, desequilibrados. Yo, de cuatro, siempre guardo dos, y nunca vivo desprevenido. (Haciendo cuentas.)

DAM. (Entrando con el servicio. A don Rosendo.) La tostadita... (Llamando al echador.) ¡Caféé!

MEN. Por supuesto, en cuanto pasen estos días de feria, yo no le doy á este tío más de cuatro pesetas. ¡Seis pesetas por un cuartucho con una ventana á un patio y una cama que yo sola no cojo...

GAR. ¡Pero cómo hablas, mujer, cómo hablas!

MEN. ¿Pues qué he dicho?

GAR. Que no sabes gramática. ¡Una cama que yo sola no cojo! En primer lugar no se dice cojo: se dice quepo; y hay que decir: una cama, en la cual, ó en la que... ¿Te enteras? ¿No ves que no hace sentido? ¿Cómo vas á

desentrañar conceptos en una obra puramente literaria si no sabes gramática, sin la cual no es posible expresarse correctamente? ¡Cómo se conoce que te has amamantado artísticamente en el género chico!

MEN. Bueno, bueno; algo más negocio haríamos aquí con mi género... ¡Cinco sueldos por semana! Y déjate que los veamos... Si la gente esta se nos pone de uñas, como dicen, y no nos dejan hacer *Oscurantismo*, que es la única obra de esperanzas

GAR. *Obs, Obscurantismo.* Hay una be entre la o y la ese.

MEN. Bueno. *Obxcurantismo.*

GAR. Equis, no: be, be .. ¡Y haces el papel de Lucinda! ¡La personificación de la ciencia! Porque no sé si te habrás enterado de la obra; es un símbolo... ¡Qué estudio habrás hecho de tu papel! No sabrás siquiera cómo vas á vestirte...

MEN. ¡Claro que no! Con el equipaje empeñado en Madrid...

GAR. Eso es lo de menos. Don Paco me ha prometido dinero, en cuanto coja algo del abono, y en seguida giraremos sobre Madrid y tendrás el equipaje.

MEN. ¡Abono, abono! .. No sé por qué, pero me parece que aquí salimos con las manos en la cabeza...

GAR. De aquí, de aquí ¿No ves que no hace sentido?...

MEN. Lo que yo sé, que esta población es muy levítica. ¿No se dice así? Y no nos permitirán hacer *El Obscurantismo*...

GAR. Con be, ahora está bien.

MEN Y si nos lo permiten, no irá nadie á vernos.

GAR. No lo creo, hay aquí elementos muy liberales.

MEN. Pero esos entran de tifus la primera noche, y después no vuelven .. Sobre todo, si las señoras no van al teatro, á morir...

GAR. A morir los caballeros, y las damas á rezar...

MEN. ¡Los periódicos de aquí creo que nos ponen tibios!... A las actrices nos llaman... Mesalinas.

GAR. Eso se desprecia.
MEN. Y á los actores, golfos sin vergüenza...
GAR. Eso ya está feo...
MEN. Y de la empresa dicen horrores.
GAR. ¡Fanáticos, sectarios! ¡Mozo! ¡La prensa del día, la prensa local!
DAM. Tenga usted... *La Voz, El Eco...* ¿Y cuándo se debuta? Hay mucha espectación. ¿Estrenan ustedes por fin esa obrita que ha hecho tanto ruído? Buena falta hace; porque aquí, créanme ustedes, hay mucho fariseísmo...
GAR. Fariseísmo, esa es la palabra.
DAM. Las señoras han formado una liga.
GAR. Conque ¿una liga?
DAM. Y á ustedes les han de hacer mucha contra. Aquí ya han venido á pedirle al amo que no repartamos las banderillas, ni se ponga el cartel de la compañía.
MEN. ¿Qué te parece?
GAR. ¡Fanáticos, sectarios! Así anda este país. ¡Nos tragan, nos devoran...
MEN. ¿De modo que usted cree que aquí no haremos nada?.. Ya lo decía yo.
DAM. ¡Como se les ponga á ustedes enfrente la liga de las señoras! .. (Música dentro, voces, chicos corriendo.)
MEN. ¿Qué es eso?
GAR. ¿Qué ocurre?
DAM. ¡Las cuadrillas! Las cuadrillas que llegan á la fonda del Universo.
GAR. ¡Vea usted qué entusiasmo! Ni en el bajo imperio...
DAM. Es Campos, el torero del día.
MEN. ¿Ese que cobra seis mil pesetas por corrida?
GAR. Un bárbaro que no sabrá hablar.
DAM. Eso no; Campos es muy fino; da gusto oirle; le habla á usted de todo; de política, de música... Le digo á usted que hablar con él, es como si leyera usted el «Alrededor del Mundo» Y se trata con muy buena gente.
GAR. Como todos ellos. En cambio, nosotros soportando mil humillaciones ¿Querrá usted creer que en la casa de huéspedes querían cobrarnos por adelantado?

DAM. ¿Y no van ustedes de toros?

GAR. Me repugna el espectáculo. En Madrid muchas veces me regalaban el billete; y aunque fuera perdiendo algo, se lo vendía á cualquier amigo por no ir..

DAM. (A don Rosendo.) Y usted, don Rosendo, ¿no irá usted á la corridita?

D. ROS. Puede que me anime á última hora. Pero cuando uno ha visto á otros toreros llegar á pie de la estación con el hatillo al hombro, y ve uno ahora á estos... ¿Has visto? En el coche del marqués del Solar venía. ¿De quién es el ganado de la primera?

DAM. Es nuevo en esta plaza. Del marqués viudo de Torrelodones. Dicen que lo ha impuesto Campos, porque dicen que la hija del marqués está loquita por él... como que ha venido sólo por ver la corrida. Creo que están emparentados con el Gobernador.

D. ROS. ¿Y están hospedados en el gobierno? Ya sé quién son. Estuvieron ayer en mi casa con la señora Gobernadora y me hicieron algunas compras. Se ve que es gente de gusto.

DAM. Mire usted, por allí viene el Gobernador.

D. ROS. Es verdad. Irá á la función de la catedral... (Pasa don Santiago rodeado de señores graves.) Para servir á usía...

D. SAN. Tanto gusto en verle, querido. (Pasa.)

GAR. ¿Es el Gobernador?

D. ROS. ¡Qué persona tan atenta y tan educada!

GAR. Dicen que es buena persona.

D. ROS. Excelente.

MEN. Si no mete la pata con nosotros.

GAR. ¡La pata! Calla, mujer. ¿Y es hombre liberal en sus opiniones?

D. ROS. Mire usted; aquí, no vale la pena de serlo. Figúrese usted que el once de Febrero, se reunen á comer los republicanos en este mismo café, y comen en dos veladores, porque son cuatro y están divididos en dos fracciones.

MEN. Lo que digo yo; ¡en buena nos hemos metido! Mira, en cuanto huelas que don Paco está en fondos, procuras darle un toque; por-

que si no sacamos algo por adelantado me parece...

GAR. ¡Un toque! ¡Pero, cómo hablas, mujer, cómo hablas!

ESCENA III

DICHOS, DOÑA O y ESPERANCITA

D.ª O Verás como por habernos entretenido, no tenemos buen sitio en la tribuna.

ESP. Sí, mamá. Ya sabes lo que nos dijo Josefina, que no necesitábamos ir temprano, que nos tendría reservado el sitio.

D. ROS (Saludando.) Mi señora doña O; encantadora Esperancita.

D.ª O ¡Ay, don Rosendo! De su casa de usted venimos justamente.

D. ROS. ¿Habrán entrado ustedes por el portal? ¿Y á qué debo ese honor?

D.ª O Figúrese usted que á esta hija mía, que es un puro capricho, se le ha antojado ir á los toros con mantilla de madroños.

D. ROS. Ya lo creo. Estará hermosísima, si puede estarlo más.

ESP. Muchas gracias. Esa señora con quien hablaba usted, ¿es forastera?

D. ROS Debe serlo. No la conozco. Me preguntaron no sé qué...

D.ª O (Reparando.) ¡Jesús! No tiene cara de cosa buena; Dios me perdone si la ofendo.

MEN. (Bajo á Garcés.) ¡Cómo miran esas cursilantas!

GAR. Pues no mires tú; en alguien ha de estar la educación.

D. ROS. ¿Y han encontrado ustedes algo de su gusto?

D.ª O Ya quedó el dependiente en llevarnos á casa unas cuántas para elegir más despacio...

D. ROS. Lo que ustedes quieran.

D.ª O Pero hágase usted cargo; con las mantillas á docenas que hay en casa, de lo mejor, de blondas, de castañuelas.. negras, blancas... pero á esta hija mía, siempre se le ha de antojar lo que no tiene.

D. Ros. Como á todas las jóvenes.

Esp. No, si yo no puedo tener un capricho. Siempre han de contrariarme.

D.ª O ¡Jesús! ¡Jesús! No ofendas á Dios. Gracias á que don Rosendo sabe el mimo que tienes.

D. Ros. Pues ya lo creo; con un papá que no tiene otro pío...

Esp. Para lo que voy á vivir...

D.ª O ¡Ay, qué hija! No me vuelvas loca; pues no se le ha puesto ahora que se va á morir...

D. Ros. ¡Pero doña Esperancita!...

Esp. ¡Para ser tan desgraciada!...

D.ª O ¿Pero usted lo oye? ¡Gracias á que usted nos conoce!...

D. Ros. Ya lo creo, doña O.

D.ª O Conque mande usted luego á recoger las mantillas. Vamos á la catedral.

D. Ros. Estará como un ascua de oro. ¿Predica su ilustrísima?

D.ª O Sí, señor; y tendrá que oir con estas cosas que pasan... ¡En plena feria descolgarse unos malos cómicos a representar ese drama condenado...

Men. ¿Te vas enterando?

Gar. Calla; en alguien ha de estar la tolerancia...

D.ª O Buenas cosas dirá su ilustrísima, y como él sabe decirlas, que parece que no dice nada.

D. Ros. ¡Ya, ya!...

Esp. ¡Qué bonito escaparate ha puesto usted!

D. Ros. Lo que se puede, hija, lo que se puede. En estos días hay que presentar alguna novedad, por decoro de la población y de uno mismo.

D.ª O Sí que tiene usted cosas preciosas.

Esp. ¡Qué figuritas! ¡Qué monada! ¡Una orquesta de cochinitos!

D. Ros. Y los broches modernistas, ¿los han visto ustedes?

Esp. ¡Qué preciosos! Mande usted también unos cuantos para elegir.

D.ª O Y los cochinillos también, porque vas á soñar con ellos. ¡Ay, qué hija! Luego no la ve usted nunca contenta...

D. Ros. Es la edad... las muchachas no saben lo que

quieren, ó como dice usted muy bien, sólo quieren lo que no tienen.

D.ª O. Usted lo pase bien, don Rosendo. Anda, Esperancita, no mires más el escaparate...

D. Ros. Siempre á su disposición. Voy á disponer que lo manden todo..

Esp. ¿Sabe usted que en lugar de los cochinitos me gusta más aquel perrito en el automóvil?... ¡Qué monería!

D. Ros. Lo que usted quiera.

D.ª O. ¿Pero ve usted? Vamos, hija... Verás cómo no podemos entrar en la tribuna. (Salen las dos discutiendo.)

ESCENA IV

DICHOS menos DOÑA O y ESPERANZA

Men. Y esta mamá y esta niña, ¿son del señorío de aquí?

Dam. Ya lo creo. La señora de don Baldomero Remolinos; el capital más fuerte de Moraleda, y la niña, hija única, el mejor partido de la provincia.

D. Ros. La niña de oro, como la llama todo el mundo. Eso, sí; peor criada... Sus padres no la niegan ningún capricho.

Dam. Menos el de casarse con don Manolito. Las criadas dicen que hay unas escenas...

D. Ros. En eso tienen razón. ¿Quién es don Manolito? Porque sea secretario del gobierno civil... Un vividor de esos que nos mandan de Madrid.. Todo el mundo le echa la culpa de más de cuatro cosas que pasan, porque don Santiago es incapaz... El último escándalo del juego es cosa suya, estoy seguro...

Dam. Pero como dicen que el secretario y la Gobernadora... ya sabe usted...

Gar. ¡Pues está buena la provincia!

Men. ¡Y hacen tanto aspaviento por un drama!

D. Ros. ¿Cuánto te debo?

Dam. Cuarenta, y una cerveza de ayer tarde...

D. Ros. Es verdad... Voy á disponer los encargos de doña O.

Dam. Hasta la vista, amigo don Rosendo.

D. Ros. Abur, señores...

Gar. Para servir á usted.

Men. Beso á usted la mano. (Sale don Rosendo.)

Gar. Este señor es el dueño de ese establecimiento. ¡Buena casa!

Dam. Sí, señor. El es muy campechano y muy liberal; pero como su clientela es toda gente de viso... ¿sabe usted?

Men. Me ha cargado eso que ha dicho de Madrid. ¡Vividores! Trabajo me ha costado no contestarle una fresca, porque yo soy muy madrileña...

Dam. No haga usted caso... Sabe usted que su primera mujer, cuando se le escapó la segunda vez, fué con uno de Madrid...

Gar. Entonces se comprende... Hay cosas que no se olvidan...

ESCENA V

DICHOS, DON TEODORO y DON GUILLERMO

D. Gui. ¿Y cómo te enteraste?

D. Teo. Es historia larga, pero deliciosa... ¡Si como yo me proponga saber algo! Verás... ¡Hombre! Tiene cerrada la tienda Rosendo. Entonces nos sentaremos aquí.

D. Gui. En el café, mejor. Tomaremos un vermout y haremos tiempo hasta la hora de la música.

D. Teo. (Mirando á la Ménendez.) Yo conozco esa cara.

D. Gui. Parecen forasteros.

D. Teo. ¡Damián!

Dam. ¡Señores! ¡Por aquí tan tempranito! ¡Vaya un día! Tenemos buena feria. ¿Qué mandan ustedes?

D. Gui. Tráele dos vermouts con gotas amargas.

Dam. Y ¿cómo no están ustedes en la catedral? Ya sé que á ustedes no les tira lo eclesiástico, pero usted, don Teodoro, por el mujerío.

D. TEO. Calla, calla, ya he visto bastante por la calle de San Pablo. Es que cada día hay mujeres más guapas. Han salido hoy de largo unas cuantas mocitas! ¡Qué promoción la de esta feria!

DAM. ¿Sabe usted quién ha pasado por aquí muy tempranito? Clotilde, la peinadora; hoy anda muy atareada, me ha preguntado por usted.

D. TEO. Esa es de cuidado. Habla de matrimonio como de lo más natural del mundo.

DAM. Y á usted con esas...

D. TEO. Yo en eso me atengo al catecismo; los sacramentos por su orden; el matrimonio el séptimo; después de la extremaunción.

DAM. ¡Ay, qué gracioso!

D. GUI. (Riendo á carcajadas.) No hay quien pueda con él.

DAM. ¡Pues vamos, que usted!... Solo que usted las mata callando. ¿Sabe usted quién se ha mudado aquí cerca? Teresa, la corsetera...

D. TEO. Esa es buena muchacha, sin pretensiones, sencillota; la pobre todo lo cuenta desde su desgracia: «Eso fué el año de mi desgracia.» «Dos años antes de mi desgracia.»

DAM. ¿Y qué desgracia fué?

D. TEO. ¿No lo sabes? Pues fué chica.

DAM. ¿Qué le sucedió?

D. TEO. ¿No te digo que fué chica?

D. GUI. (Riendo á carcajadas.) ¡Ay, que hombre éste!

DAM. (Idem.) ¡Ay que gracioso!

D. GUI. Es lo que yo le envidio á este hombre; el buen humor; de todo saca partido..

DAM. Es célebre este don Teodoro.

D. GUI. ¡Que si es! Yo no tengo gracia, ni memoria; pero si uno apuntara todo lo que se le ocurre á este hombre, se podía hacer un libro.

DAM. Ya lo creo.

D. TEO. Anda por los vermouts. (Sale Damián.)

MEN. ¡Que alegres son esos carcamales!

GAR. Y con qué descaro miran ..

D. TEO. Yo conozco esa cara. He de preguntar á Damián.

MEN. Y don Paco sin venir. ¡Ay, qué mala espina me da todo esto!

GAR. ¿No ves que en un día como hoy no habrá encontrado á nadie en el Gobierno?

MEN. Y si no viene, á mí me da vergüenza marcharnos sin pedir nada.

GAR. Pide lo que quieras. Ya nos conoce el mozo; mañana se le paga.

MEN. Yo tomaría café con media tostada... ¡El chocolate de la casa es tan inferior!

GAR. ¡Qué cosas tienes! Una actriz de una compañía de forma tomando media tostada en público. Pide algo delicado... un té.

MEN. Si yo no tomo té más que cuando estoy empachada..

D. TEO (A Guillermo.) Mira, mira quién asoma por allí.

D. GUI. Ya nos ha visto.

D. TEO Y ya está haciendo posturitas. Mira, mira; dándole azúcar al canario con la boquita... ¡Me parece que más expresivo!

D. GUI. ¡Si no tuviera un marido tan bruto!

DAM. (Trayendo el servicio.) El vermout y las gotitas. ¿Qué miran ustedes? La capitana .. (Con misterio.) Pues oigan ustedes... A mí me consta. Todas las mañanas en cuanto sale su marido para el cuartel, se asoma ella al balcón y hace una seña... ¡Yo no sé á quién! pero es á alguno...

D. TEO. ¿Y sobre qué hora es eso?

DAM. Entre ocho y nueve.

D. TEO. Habrá que venir una mañana.

MEN. Mira, mira, don Paco, por allí viene. ¡Gracias á Dios! (Llamándole.) ¡Don Paco!

GAR. Ya nos ha visto.

D. TEO (A Damián.) Oye, ¿tú conoces á esta forastera?

DAM. Son cómicos. De la compañía que viene al Principal.

D. TEO. ¿Quieres preguntarle si ha estado alguna vez en Almendralejo y si se llama Luisa? .

DAM. Con mucho gusto... ¿Almendralejo ..?

MEN. Pero ¿con quién se ha parado don Paco?

GAR. ¿No lo ves? Con el sinvergüenza de Moreno; le estará dando un sablazo .. Que no nos vea.

DAM. (A la Menéndez.) Usted disimule. Aquel caballero pregunta si ha estado usted por casualidad en Almendralejo, y si se llama usted Luisa...

MEN. (Dirigiéndose á don Teodoro.) ¿En Almendralejo? ¿Me conoció usted allí?...

D. TEO. Por el año ochenta y cuatro...

MEN. No, señor, por el noventa y dos...

D. TEO. Tiene usted razón, por el noventa y dos.. Luisita..

MEN. Ahora no me llamo Luisa, pero soy yo... Usted debe haber cambiado mucho porque no caigo..

D. TEO. ¿De veras? ¿No cae usted?

MEN. No caigo, no caigo...

D. TEO Si yo la diera á usted un detalle...

MEN. (Llamándole á su lado.) ¡Ay, dígamelo usted, dígamelo usted!

D. GUI. (A Damián.) Este Teodoro...

DAM. Es de lo que no hay.

ESCENA VI

DICHOS y PACO

PACO (A Garcés.) Perdonen ustedes la tardanza.

GAR. ¿Qué hay? ¿Buenas noticias?

PACO Excelentes. ¿Con quién habla Adela?

GAR. Un admirador antiguo... Adela, con permiso. Aquí esta don Paco.

MEN. ¡Ay, don Paco! ¿Qué noticias tenemos?

GAR. Buenas, óptimas.

MEN. ¿En qué quedamos?

GAR. ¡Pero mujer! Optimas es mejor que buenas.

MEN. ¿Sí? Deje usted que le abrace.

GAR. ¡Mujer! Que á nadie le consta por qué abrazas á don Paco; y por lo mismo que venimos á representar una obra atrevida, debes guardar más circunspección y miramiento.

MEN. Un empresario no es un hombre; es como un autor en noche de estreno; se le abraza sin segunda. (A don Teodoro.) El señor es nuestro empresario.

PACO Servidor de ustedes.

D. GUI. Es usted un valiente. Venir á representar aquí ese drama que tanto ha dado que hablar.

D. TEOD. *Obscurantismo.* Ya verán ustedes lo que es bueno.

MEN. Ustedes creen...

D. TEO. Que tendrán ustedes muchos disgustos y perderán su dinero.

MEN. ¡Ay, don Paco de mi alma! ¿No decía usted que traía tan buenas noticias?

PACO Por lo pronto el Gobernador no prohibe las representaciones como se temía...

D. GUI. Pero falta la Gobernadora; en cuanto ella se entere..

D. TEO Aquí no se hace más que lo que ella dispone. Está relacionada con todo lo principal; es de todas las Juntas de señoras y de todas las Congregaciones, y no estará dispuesta á malquistarse con sus relaciones, si su marido permite que ustedes representen la obra.

D. GUI. Y si la representan ustedes no irá nadie á verlos, ni siquiera el elemento oficial...

D. TEO Con las mujeres no cuenten ustedes; y sin ellas no cuenten ustedes con nosotros. Un teatro sin mujeres es.. ¿cómo diré yo? como una jaula sin pájaros...

GAR. Bonita comparación.

PACO Pero el Gobernador no puede atropellar la ley ..

D. GUI. Si no necesita atropellar ninguna; con hacer cumplir muchas le basta. El teatro no tiene servicio de incendios; la localidad alta amenaza hundirse...

MEN. ¡Ay don Paco! ¡Esto es una caverna!

TEO. ¿Pero quién les manda á ustedes venirse aquí con obscurantismos?

GAR. Pues señor, esto ha cambiado mucho. Yo hice aquí una temporada por los años de la revolución, y entonces había aquí muy buenos liberales. Me acuerdo de Baldomero Remolinos; su padre le puso Baldomero en recuerdo del general...

TEO. (Riendo.) ¿Oyes esto?

D. GUI. ¡Ja, ja!..
GAR. ¿De qué se ríen ustedes?
D. GUI. De nada, que ese Baldomero es hoy el cacique de Moraleda: el que paga la contribución que le parece, y tiene hipotecas sobre media provincia, y pagarés firmados por la otra media... y se congestiona si oye tocar el himno de Riego...
GAR. ¡Es posible!
MEN. Sí, hombre; antes nos hablaron de ese señor. ¿No es el padre de una señorita muy dengosa?
D. GUI. Esperancita.
MEN. ¿Que dicen que está enamorada locamente del secretario del Gobernador y sus padres no la dejan casarse?
TEO. La misma.
PACO ¿Del secretario del Gobernador? ¿De Manolo?
TEO. Le conoce usted... Un madrileño de buena figura; hombre muy vivo...
PACO ¡Ya lo creo! .. ¡Adela! ¡Garcés! ¡Nos hemos salvado! ¡Somos los amos de Moraleda! Tanto como don Baldomero; más que el Gobernador, y lo mismo que la Gobernadora...
MEN. ¿De veras? ¿Qué sucede?
GAR. Cuente usted, cuente usted.
PACO Casi nada; que Manolo, el secretario del Gobierno, es hermano mío...
MEN. ¿Qué dice usted?
GAR. ¿Legítimo ó bastardo?
PACO ¡Qué bastardo! Déjese usted de dramas.
TEO. Es curioso...
D. GUI. ¡Pero cómo se entera uno de las cosas sin querer. Luego dicen que uno trae y lleva.
TEO. Esto hay que llevarlo ..
PACO Figúrense ustedes mi sorpresa al oir el nombre de mi hermano en el Gobierno; en lo que yo menos pensaba. Cinco años que no sabíamos uno de otro; desde que yo me fuí á Buenos Aires; tuvimos que buscarnos la vida tan jóvenes... cada uno por su lado...
MEN. ¿Pero no le ha visto usted?
PACO No. Estaba en la catedral, le dejé dos letras, y espero su contestación.

GAR. ¿Pero se llevan ustedes bien?

PACO Ya lo creo Si no nos escribíamos en tanto tiempo fué... ¡Qué se yo! porque nuestro carácter es así; y porque cuando hay que luchar á brazo partido con la vida, se olvida uno de todo; los afectos son una carga que entorpece...

GAR. Luego dicen del teatro... Vea usted si esto es una casualidad... Hay un drama en el fondo...

TEO. Pues con el apoyo de su hermano ya varía el asunto... ganarán ustedes dinero.

MEN. ¡Dios le oiga á usted!

TEO. ¡Digo! Esperancita, la niña de don Baldomero, con la influencia y el dinero de su padre, por una parte; y de otra la Gobernadora con su simpatía y su gancho... porque gancho tiene, ¿verdad, Guillermito?

D. GUI. ¡Que si lo tiene!

TEO. Las dos consiguen cuanto las da la gana; y como su hermano de usted tiene mucha simpatía con las señoras, y se dice, sin ofenderle...

PACO No, si yo no me asusto. Crean ustedes que para mí, el sacar de aquí unas pesetas es cuestión de vida ó muerte.

MEN. Y para todos.

D. GUI. Pues no se apure usted; como su hermano le proteja, hará usted dinero.

TEO. Ya sabe usted que en este mundo, y yo creo que en el otro, todo es cuestión de faldas.

MEN. Ya lo dice el refrán.. «Más tiran...»

GAR. ¿Qué vas á decir? Ten decoro... ¿Vas á estar siempre en género chico?

PACO Adela, Garcés. Les convido á ustedes á almorzar en celebridad de tan buenas esperanzas... Señores, ¿quieren ustedes almorzar con nosotros?

TEO. Muchas gracias; celebraré que lleve usted un buen recuerdo de Moraleda.

PACO Tanto gusto en haberlos saludado... Pasaremos al restaurant.

GAR. El caso es que nos esperan en la casa.

MEN. ¡Que esperen! Lo mismo nos han de cobrar.

Ande usted don Paco, que yo voy teniendo apetito.

GAR. ¡Parece mentira! Le advierto á usted que acaba de tomarse unos emparedados...

MEN. ¿Eh?

GAR. Y una copa de Jerez.

MEN. Y bicarbonato.

PACO Tomaremos una mesa cerca de la ventana, para disfrutar del paseo que es por aquí, después de misa mayor.

MEN. (A Garcés) Pero qué gutibamba eres... ¿creerás tú que se ha creído lo de los empaderados?...

GAR. Empare... emparedados...

MEN. Déjame en paz. Don Teodoro, hasta la vista.

D. TEO Adiós, Luisita, digo, Adela .. (Entran en el café don Paco Garcés y la Menéndez.)

D. GUI. ¡Pero qué suerte tenemos para enterarnos de todo!

D. TEO. No le faltaba más al cuadro de familia. ¡El secretario, hermano de un empresario de cómicos de la legua! ¡Qué intrigas! ¡Qué luchas!

D. GUI. ¡Y si el drama no se representa, los dueños de todos los Círculos en que no se juega por orden gubernativa, pondrán el grito en el cielo en nombre de la libertad!.. Y si es verdad lo que dicen...

D. TEO. Ya lo creo. No se juega más que el Círculo de Pedrosa. Y, ¿sabes por qué? Porque don Baldomero cobra un dineral por el alquiler de la casa, haciéndose pagar su influencia con los gobernadores para que no se juegue en otra parte. ¿No has leído *El Abejorro?* Viene tremendo. Aquí debo tener el último número. (Saca un montón de papeles y se le cae una carta.)

D. GUI ¿Cartitas?

D. TEO. Calla. Si tú supieras de quien es esta. . No te lo puedes figurar... Aquí está *El Abejorro.*

D. GUI. ¿Quién demonios paga este papel?

D. TEO Reinosa, el del Círculo de Recreo; como ahora no le dejan funcionar... Escucha, escucha· «Con motivo de las iluminaciones de

feria se han colocado en la fachada del Gobierno civil unos grandes candelabros de pésimo gusto: se advierte, desde luego, que el Gobernador, *sólo se ha cuidado de que hagan juego...»*

D. Gui. Son el demonio. ¡Qué cosas se les ocurren! Está bien traído...

D. Teo. Pues oye este otro... «Para mayor lucimiento de las próximas corridas de feria, presidirá la plaza el excelentísimo señor Gobernador; la competencia de nuestra digna (si bien, no siempre celosa) autoridad, en asuntos de toros...» ¿Qué te parece? «asegura á los buenos aficionados el mejor orden del espectáculo...»

D. Gui Eso ya no me parece bien; la vida privada, debe respetarse... Le puede á uno engañar su mujer y ser un buen Gobernador; yo no veo la incompatibilidad.

D. Teo. Por lo menos no consta en la ley. (Ruido.)

ESCENA VII

DICHOS, CAMPOS, REGUERA, PIMENTÓN, POLITO y EL MARQUES DE TORRELODONES

D. Gui ¿Qué pasa? ¡Qué movimiento de gente!

D. Teo. Campos; el torero; y la gente embobada á su alrededor.

Dam. Aquí viene Campos... (La gente corre y grita: ¡Campos! ¡Campos!...)

Men. (De pie, asomada á la ventana del café.) ¡Qué buena figora! ¡Y qué de alhajas!

Gar. ¡Mujer! ¡No seas vulgo! No admires á esos gladiadores de poquito, sin la grandeza bárbara de los antiguos...

Paco No moralice usted, Garcés... La vida no es un drama de tesis.

Gar. ¡No es una mala vergüenza! Llegamos nosotros, artistas al fin, que venimos á educar, instruir, y nadie nos atiende, nadie nos mira...

Paco ¿Qué salsa le pongo á usted? ¿Mayonesa?

GARC. Va usted á sacarme una duda, ¿es Mayo ó Bayo.. nesa?

CAM. (Saludando á la gente.) Muchas gracias... ¡Allá veremos! .. Con Dios, señores...

PIM. Dejad paso, chiquillos...

D. TEO Adiós, Polito.

POL. Señores... ¿Estamos de combinación?

D. GUI. Aquí, esperando la hora de la música.

POL. Vengan ustedes acá... Señores... voy á presentarles á ustedes... (A Campos) A tí no hay que presentarte.

D. TEO. ¿Quién no le conoce?

POL. Dos amigos: don Teodoro Andújar y don Guillermo Juncales, el don Juan y el don Luis de Moraleda.

D. TEO. Este Polito...

D. GUI. No nos desacredite usted con los forasteros...

POL. El Marqués de Terrolodones... y el señor Reguera; un buen aficionado, que viene de Madrid sólo por ver torear al gran Campos, que está decidido á borrar el mal recuerdo que dejó aquí hace dos años.

CAM. ¡Qué guasón es usted, don Leopoldo! ¡Vaya un recuerdito!

REG. Y él que no se porte, no vuelvo á saludarle.

CAM. No habrá caso.

REG. Este año llevamos buena temporada.

D. TEO. ¿No quieren ustedes tomar nada? (Ofreciendo un cigarro á Campos) Vaya un cigarrito...

REG. No, no fuma...

POL. No fuma... le hace daño...

CAM. No fumo.

DAM. ¿Qué va á ser?

D. TEO. Ustedes, ¿qué quieren? (A Campos.) Una copita...

REG. No, no bebe.

POL. No bebe.

CAM. No bebo. Tomaré un refresco.

POL. ¿Un refresco? (A Reguera.) ¿Qué le parece á usted? ¿Le hará bien un refresco?

REG. Un refresco .. ¿Usted qué opina?

POL. Qué sé yo.

CAM. Ustedes dirán.

DAM. Tenemos zarza, grosella, limón...

REG. Grosella ¿Qué le parece á usted?

POL. Pero sin helar; del tiempo.

D. TEO. No dirá usted que no le cuidan sus amigos.

POL. Para nosotros cerveza y limón. ¿Y usted, Marqués?

MARQUÉS Lo mismo.

PIM. A mí me van ustedes á permitir un vasito de agua con unas gotas de azahar.

D. TEO. (A Guillermo.) ¿Pero has visto qué delicados son estos toreros? Grosella, azahar...

REG. Este año van ustedes á ver un ganado...

D. TEO. Nuevo en esta plaza.

CAM. Del señor Marqués, aquí presente.

D. GUI. Por muchos años...

REG. Cuando él viene á la corrida, es porque sabe lo que manda...

MARQUÉS Y ustedes también lo saben.

PIM. Es mucho jabonero aquel segundo.

REG. Si vosotros no os encargáis de estropearlo.

PIM. Sabe aquí el señor Marqués cómo se trabaja para los amigos. ¿Cómo se le ha picao á usted siempre, señor Marqués? ¿Tiene usted alguna queja?

MARQUÉS No, no...

PIM. Que diga cómo se trabajó la última corrida: echando los caballos encima, en los mismos medios; sujetando á los toros siempre por la derecha, y la puya de *ivierno*. ¿Se *pué* pedir más? Ya sé yo que el ganado aquí, del señor Marqués, no lo necesita, porque es un ganao mu rico; pero cuando se quiere acreditar una ganadería, ya sabe uno cómo hay que trabajar.

REG. Sí, ya veo cómo acreditas una ganadería.

CAM. ¿Quieres no hablar más?

PIM. Contestaba aquí al señor Marqués.

D. TEO. (A Polito.) Y tú estos días de feria, ya se sabe, entregado por completo al toreo y á sus representantes en la tierra, sin perjuicio de exhibir siete trajes y veintidós corbatas cada día. ¿Qué dirá Esperancita? A propósito: ¿cómo va eso?

POL. Como siempre; la madre me recibe muy

bien, el padre, ni bien ni mal, sobre todo teniendo en cuenta mi situación financiera, que él conoce como nadie... pero la niña no me puede ver ni en pintura.

D. TEO. ¿Pero es verdad que está encaprichada de don Manolito?

POL. Loca perdida. Y como la Gobernadora se ha propuesto hacer esa boda para proteger al secretario...

D. TEO. Entonces no será verdad lo que dicen de ella y de...

POL. Yo creo que entre la Gobernadora y don Manolito sólo existen relaciones de... intereses.

CAM. ¿No está abierta la tienda de don Rosendo?

REG. ¿Querías algo?

CAM. Unas corbatas blancas; á Joseliyo se le olvidó ponerlas en la maleta, y si yo no doy un vistazo se le olvida el smoking...

POL. A nosotros nos despachará... (Repique de campanas.)

D. GUI. Es que ha terminado la función de la catedral. Dentro de un rato empezará aquí el paseo y tendremos música. ¿Es la primera vez que vienen ustedes á Moraleda?

MARQUÉS. Yo, sí señor; y como ciudad histórica, me parece muy interesante

REG. Yo había estado otro año, tambien por feria; vine con Rafael.

MARQUÉS. Usted cada año se lo dedica al matador de moda.

REG. ¿Qué va á hacer uno?

ESCENA VIII

DICHOS, JIMENA, BELISA y DON BASILIO

JIM. Podíamos haberle estado esperando á usted toda la vida.

BEL. Vaya un susto que nos ha dado usted.

D. BAS. Pero hijas mías, no os digo que me mandó llamar su ilustrísima á la sacristía para ha-

blarme de un asunto; de la restauración del sepulcro de los Giráldez. .

JIM. Y nosotras como locas desde la tribuna, sin ver á usted por ninguna parte.

BEL. Creyendo que le había sucedido á usted algo.

JIM. Sin atrevernos á salir solas entre tanta gente; para que creyeran cualquier cosa...

D. BAS ¿Pero qué iban á creer?

BEL. Desengáñese usted, lo que menos hubieran creído era que le buscamos á usted.

JIM. En fin, que nos ha dado usted la función.

BEL. Yo me he puesto tan nerviosa.

JIM. Yo sé contenerme; pero estoy seguro de que dentro de quince ó veinte días me sale el disgusto...

D. BAS. Pero hijas, si no ha ocurrido nada. Vaya que sois vehementes y ponderativas... Es mucha imaginación... ¿Quereis pasear ó nos sentamos?

BEL. Daremos una vuelta ahora que no hay mucha gente todavía.

TEO. (Saluda) Vaya usted con Dios, don Basilio... A los pies de ustedes... (Don Basilio y sus hijas saludan y pasan.)

D. GUI. El rector y sus hijas; Jimena y Belisa.

CAM. ¿Pero esos son nombres ó es guasa de ustedes?

TEO. ¡Son verdaderos nombres; de mote las llaman la Retórica y la Poética... El padre, donde ustedes le ven, es un cuquito, vive con todos y de todos saca...

POL Y las niñas tienen unas ganas de matrimoniar .. En estos días de feria no descansan; todo lo esperan de los forasteros.

CAM. Miren ustedes lo que viene. ¡Buena mujer!

TEO ¡Digo! ¡La Gobernadora!

MARQUÉS Josefina. Vendrá también mi hija.

POL Sí, viene detrás con Esperancita Remolinos.

CAM. ¿Y esa mujer no es más que gobernadora?... ¿Para cuándo están los imperios?

ESCENA IX

DICHOS, JOSEFINA, LA MARQUESA DE TORRELODONES, DOÑA O, ESPERANZA, DON BALDOMERO y MANOLO

Jos. Mira, Carmen, mira cuántos amigos. (Todos los hombres se ponen de pie. Saludos) ¿Cómo están ustedes?... ¿eh?...

Teo. (A Campos) ¡Vaya una corridita!

Pim. De mucho peso.

Marqués ¿Vienen ustedes de la catedral? ¿Cómo ha estado esa función?

M. Tor. Mucha gente.

Jos. Y mucho calor.

D.ª O ¡Cómo ha estado su ilustrísima! ¡Qué sermón!

D. Bal. No ha sido sermón, ha sido un verdadero discurso de tonos muy levantados. ¿Qué le ha parecido á usted, Josefina?

Jos. ¿Yo qué voy á decir? Todo ha ido conmigo.

D.ª O Con la mejor intención; porque tú tienes el deber de ayudarnos; de emplear todos los medios para que tu marido esté con nosotros; con los buenos.

Jos. Sí... pero los hombres tienen sus ideas, sus compromisos políticos. Santiago no puede hacer lo que quiera...

D. Bal. Contando con nosotros, que se ría del Gobierno. La parte sana de Moraleda estará con nosotros.

Man. ¡Si habláramos de otra cosa! Josefina se ha mareado un poco en la catedral...

Jos. Sí, es verdad. He pasado muy mal rato, todos los ojos fijos en mí...

D.ª O Eso debe halagarte...

D. Bal. ¿No quereis dar una vuelta?

D.ª O No, estamos cansadas. Nos sentaremos aquí un momento. (A Josefina) Si te parece.

Jos. Como quieras. (Se sientan.)

D. Bal. Entonces, aquí volveremos á recogeros. Querido Marqués, nosotros daremos una vueltecita. Este paseo por la plaza, después de

misa, tiene mucho carácter... (Salen el Marqués y don Baldomero.)

M. Tor. (A Campos.) ¿Los ha visto usted? ¿Está usted contento? El jabonero lo he elegido yo para usted.

Reg. Hay que recibirlo.

M. Tor. Se va usted á lucir tanto en esta corrida, que no va usted á querer matar más toros que los nuestros.

Pol. (A Reguera.) Cómo hace el artículo la Marquesita.

Reg. A lo que estamos.

Cam. Mañana estreno el capote. No he querido estrenarlo hasta que usted lo vea.

M. Tor. ¿De verdad? ¿Le gusta á usted?

Cam. ¡Digo!

M. Tor. No se crea usted que no he puesto las manos en él; casi todo está bordado por mí.

Cam. Con él me entierran.

M. Tor. ¡Ay, no hable usted de esas cosas! Lo que yo quiero es que viva usted mucho y toree usted mucho...

Reg. (A Polito) Toros de papá sobre todo.

M. Tor. Aquí tiene usted que hacer lo que sepa; mire usted que aquí tiene usted muy pocos amigos. Lo que yo he tenido que defenderle á usted estos días...

Camp. Si usted me defiende, aunque me echen una una ganadería al corral.

Pol. Aquí les entusiasma los toreros que se dejan coger...

M. Tor. ¡Ay! eso no; no se deje usted coger de ninguna manera.

Reg. Pero hay que arrimarse.

M. Tor. Eso, bueno.

Esp. (A Manolo) Luego se lo diré á usted. Mamá nos está observando y conozco que está volada.

Man. ¿Vendrá usted esta noche al Gobierno á ver los fuegos?

Esp. Creo que sí; por eso no quiero disgustar á mamá... Sepárese usted...

M. Tor. (Riendo á carcajadas.) ¡Ay, qué gracioso, pero qué gracioso!

D.ª O (A Josefina) Te parece qué modo de hablar

con los toreros. Se creerá que esto es como Madrid, donde todo está bien visto.

JOS. ¿Qué quieres? Yo no voy á reñirla.

D.ª O ¡Claro que no! Pero ella debía tener en cuenta que está contigo y debia guardar otra compostura...

MAN. (A Teodoro y Guillermo) Voy á tomar un refresco con ustedes.. Hacía un calor en la catedral..

D. TEO. Conque... Su Ilustrísima ha dicho cosas...

MAN. Sí, ha estado muy elocuente.

D. GUI. Pues aquí nos hablaba este amigo de los toros del Marqués y de la niña ..

PIM. Créanme ustedes. La niña se trae la primer coba y tiene loco á Antonio, aunque él no quiere que se lo digan. Hoy no firma una escritura sin echar los toros del Marqués por delante.. Y los toros... vamos, con decirles á ustedes que en Salamanca, hará un año, había llovido, estaba la plaza llena de charcos; sale el primero mú bien criao, con con tó lo suyo... el público dió un aplauso y el animalito va y qué hace... se pone á beber en un charco.. (Todos se ríen. Vuelven el Marqués y don Baldomero)

D. BAL. Es lo de siempre, querido Marqués. Aquí hay mucho que explotar todavía; verdaderas fuentes de riqueza; pero todo se supedita á la política madrileña; es una calamidad. Ahora este pobre Santiago, con muy buena intención, ha tratado de reorganizar algo; pero es un pobrecillo; luego, entre nosotros, querido Marqués, su mujer le pone en ridículo y no es que sea mala; pero es ligera, educada en Madrid; ya sabe usted que allí todo es superficial .. ¡Ay, perdone usted! ¡Olvidaba que usted vive en Madrid!

MARQUÉS Pero mi hija no se ha educado de ese modo. He procurado educarla á la inglesa; mucho ejercicio físico, idiomas, contabilidad, educación práctica. Con decirle á usted que ella lleva la administración de la ganadería. Ella se entiende con los mayores, con los vaqueros. ¡Ya lo ve usted, ella se entiende hasta con los toreros.

ESCENA X

DICHOS, JIMENA, BELISA, DON BASILIO, la MARQUESA DE VILLAQUEJIDO y TERESITA

D Bas. Aquí están sentadas.

D.ª O Marquesa... Teresita. Vengan ustedes. (Saludos. Besos.)

Esp. Haremos corro, Jimena; Belisa, á mi lado.

M. Vill. Yo al lado de Josefina; tenemos que conspirar y, ¿con quién más segura? ¿No me denunciarás á tu marido? No he ido á verte porque en estos días no se va más que á molestar. Sabía que tenías forasteros.

Jos. El Marqués y su hija, ¿no los conoces? Te presentaré.

D.ª O Cuando acabe con la cuadrilla...

M. Tor. Polito, usted que conoce á todo el mundo. ¿Quién son esas señoras que han llegado ahora?

Pol. Las hijas del rector.

M. Tor. A esas las conozco, la Retórica y la Poética; digo las otras...

Pol. ¡Ah! La Marquesa de Villaquejido y su hija Teresita.

M. Tor. ¡Ah, sí! ¿No dicen que la hija va á meterse monja.

Pol. Es cosa decidida y muy á gusto de la familia; pero por lo mismo que es una verdadera vocación para que no se tome á contrariedades del mundo, la madre quiere que su hija se divierta y vaya á todas partes antes de entrar en el convento...

M Tor. Y con pretexto de que la niña se despida del mundo, se divierten en grande...

Cam. Vamos, es despedida y beneficio.

M. Tor. Les dejo á ustedes. Voy á saludar á esas señoras; luego murmuran, dicen que no me gusta hablar más que con los hombres. Hasta luego, Campos.

Reg. No te quejarás.

CAM. ¡Bueno! Sabes tú pa qué sirve too esto? Pa que le vengan á uno con guasas en los papeles.

ESP. ¿Habéis paseado mucho?

JIM. Si no se puede: es un tumulto de gente.

BEL. Y con tantos paletos que la atropellan á una Yo creí que me mataban.

JIM. Yo vengo muerta.

BEL. ¡Pero qué pocos muchachos forasteros hay este año!

JIM. Y los de aquí no saben hablar más que con los toreros. Mira á Polito. ¿Sabes que hace méritos para que le quieras? ¡Y Manolo, allí también con otro de coleta! ¡Qué galanes!

ESP. Déjalos. Me tienen sin cuidado.

JIM. ¿Los dos? Vaya, eso lo dices con la boca chiquita.

M. TOR. (A Teresa.) ¿Y cuándo entra usted en el convento?

TER. Mis papás quieren que vea antes el mundo. Mi vocación no es santidad de bobería, como dice Santa Teresa. Tocan á divertirse, pues soy la primera; de mí puede decirse como de San Francisco: entre los pecadores, parecía uno de ellos.

M. TOR. ¡Qué enterada está usted de las vidas de santos!

TER. Y de todo. También sé bailar sevillanas, no crea usted.

M. VILL. Don Baldomero, don Basilio, oigan ustedes... sean ustedes testigos: Josefina nos promete solemnemente que hará todo lo posible para que su esposo no permita en Moraleda la representación de ese drama impío.

TODOS ¡Bravo! ¡Bravo!

JOS. Poco á poco.. Yo le hablaré... pero Santiago... acaso...

D.ª O Su conciencia es antes que todo. La impiedad no puede prevalecer en Moraleda.

D. BAL. Si los que tenemos que perder no nos unimos...

D. TEO. (A Manolo.) Allí se conspira...

MAN. Ya lo observo.

D. GUI. Y usted como secretario, ¿qué dice? ¿Ten-

dremos *Obscurantismo?* ¿Qué dice el gobernador?

MAN. Espera instrucciones de Madrid.

D. TEO. Pero hombre, un Gobierno que se llama liberal.

MAN. Pero es que puede haber un conflicto. Ya conocen ustedes á esta gente.

D. GUI. Precisamente estaban aquí antes unos cómicos de la compañía

D. TEO. Y el empresario, que por cierto le conoce á usted.

MAN. ¿A mí?

D. TEO. Sí, de Madrid.

D. GUI. Y debe conocerle á usted mucho, porque confía en la influencia de usted.

MAN. ¿Saben ustedes cómo se llama?

D TEO. No... Pero allí le tiene usted almorzando; detrás de aquella ventana. ¿No ve usted un sombrero de señora? Allí...

MAN. Me acercaré con disimulo... De Madrid y empresario... ¡No caigo!...

D. TEO. Ahora es la sorpresa.

D. GUI. Nosotros como si no supiéramos nada.

D. TEO. Claro está. Pero hay que irlo contando... Oye, Polito. . No, no es secreto; oigan ustedes... (Empieza la música.)

D.ª O Sí, sí; quedamos en eso.

M VILL. ¡Qué alegría para su ilustrísima!

D. BAL. ¡Qué triunfo! ¡Bravo, Josefina! Es usted una mujer de corazón...

D ª O La verdadera esposa cristiana.

D. BAS. Nuestra Juana de Arco.

PACO (Viendo a Manolo.) ¡Manolo!

MAN. ¡Paco!

MEN. (Asomándose.) ¡Su hermano!

PACO ¡Abrázame! (Quiere saltar por la ventana.)

MAN. (Deteniéndole y ocultándole.) Espera... ¡Calla! Luego... Que no se enteren... No sabes entre qué gente estamos... (Gran animación; hablan todos á un tiempo.—Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón en el Gobierno civil. Dos grandes balcones en el fondo.

ESCENA PRIMERA

DON SANTIAGO y un EMPLEADO

(Sobre las sillas y la mesa vestidos y sombreros de señora.)

D. SAN. ¿Dónde está don Trino? Llame usted á don Trino. ¿Pero qué es esto? ¿Qué significa este vestuario?

EMP. No sé decir á usía; yo he estado toda la mañana en la catedral.

D. SAN. Está bien Avise usted á don Trino. ¡Bueno está el Gobierno! ¡Valiente Gobierno!

ESCENA II

DICHOS y JOSEFINA. Después la DONCELLA

JOS. ¿Estás haciendo un discurso de oposición?

D. SAN. ¿Yo?

JOS. Como decías: «¡Valiente Gobierno! ¡Bueno está el Gobierno!»

D. SAN. El de mi casa; éste. ¿Dónde me siento?

¿Dónde escribo? Busque usted á don Trino.

Jos. ¿A don Trino? Le tengo yo ocupado.

D. San. Está bien. Puede usted retirarse. (Sale el empleado.)

Jos. Está adornando la mesa para el refresco.

D. San. Pero Josefina, un empleado antiguo.

Jos. Se ha ofrecido él; presume de tener gusto y habilidad para esas cosas.

D. San. Bueno; pase que los empleados adornen mesas y tapicen muebles como el otro día y cosan á máquina si te parece... pero haz el favor de recoger esta trapería. .

Jos. Ten un poquito de paciencia. Es que Carmen ha estado arreglando su equipaje y yo mis armarios, para colocar los vestidos que me han mandado de Madrid... y hemos tenido que traer aquí todo esto para entendernos... Ya sabes cómo está la casa con los huéspedes... Estos edificios antiguos no tienen ninguna comodidad....

D. San. ¿Y dónde recibo yo á la gente?

Jos. ¡Ay, qué pesado! (Toca el timbre y sale el empleado.)

Emp. A la orden de usía.

Jos. Avise usted á la doncella de la señora Marquesa, y diga usted á don Trino que si necesita más claveles, en mi tocador hay dos ramos grandes.

Emp. Está muy bien. (Sale el Empleado.)

Jos. En seguida lo recogerán todo.

D. San. ¡Uf qué calor! Se porta el veranillo de los membrillos... ¡Y con la levita puesta todo el día!

Jos. Quítatela. Ahora no vas á salir ni á recibir á nadie.

D. San. Tengo que escribir al ministro, mujer. (Entra la doncella.)

Don. ¿Qué deseaba la señora?

Jos. Haga usted el favor de recoger todo esto... ¿Y la Marquesa?

Don. Está vistiéndose para la recepción de esta noche.

D. San. Por Dios, no es recepción; dígale usted que sólo vendrán personas de confianza á ver los fuegos desde los balcones.

DON. Es igual. La señora Marquesa tiene la costumbre inglesa de escotarse en cuanto es de noche.

D. SAN. Si es costumbre ..

DON. Solamente si la reunión es de confianza, el escote es alto; si es gran recepción, escote bajo...

JOS. ¡Claro, hombre, claro! (Sale la doncella.) ¡Qué cosas tienes! Dar lugar á que una doncella tenga que darte lecciones.

D. SAN. ¿Qué quieres? Yo no sabía que en Inglaterra en cuanto anochece... plaf... pecho al agua; digo, pecho al aire...

JOS. ¡Qué buen humor!

D. SAN. Sí, lo acertaste... ¡Si tú supieras de qué humor estoy!

JOS. ¿Qué te pasa?

D. SAN. Nada. He consultado á Madrid y no contestan nada concreto, vaguedades, «que yo sólo puedo apreciar las circunstancias de la provincia, que el Gobierno no tiene criterio.»

JOS. ¿Y á quién se le ocurre preguntar lo que debes hacer? Dirán con razón que eres un pazguato; que no tienes resolución para nada. Lo primero que se necesita para ocupar un cargo de importancia, es tener carácter... y tener carácter, es hacer lo que á uno le parezca; y si sale mal sostenerse con más fuerza en ello.

D. SAN. Pues así haré...

JOS. ¿Y qué has decidido?

D. SAN. Cumplir la ley.

JOS. ¡Cumplir la ley! De seguro has hecho una tontería. ¿Has autorizado la representación del drama?

D. SAN. Naturalmente. Ya se habrán fijado los carteles anunciando la primera representación.

JOS. ¿Has hecho eso?

D. SAN. Claro que sí.

JOS. ¿Después de haber oído á su Ilustrísima esta mañana? ¿Cuando todas las personas distinguidas de Moraleda se agrupan en torno suyo para oponer un dique...?

D. San. — Desciende de la tribuna: ese no es tu sitio. Sobre todo, mi deber no es contentar á unos cuantos, aunque sean muchos; aunque fueran todos: mi deber es cumplir la ley.

Jos. — Si ya sabía yo que tarde ó temprano nos pondríamos en ridículo; que saldrías de aquí inutilizado para la política y para todo.

D. San. — ¡Josefina! ¡Qué idea tienes de la legalidad! ¡Ah! Digan lo que digan los modernos feministas, la mujer tendrá siempre menos desarrollado que el hombre el sentido moral.

Jos. — Pero tenemos sentido común, del que tú careces en absoluto. ¡Si bien me decía tu tío, cuando yo... yo, porque tú eres incapaz de nada, fuí á pedirle que te recomendara al ministro porque nuestra situación no podía ser más angustiosa: «Desengáñate, Josefina; el pobre Santiago no servirá nunca más que para jefe de negociado; de puro hacer el Quijote, saldrá del Gobierno como Sancho Panza.» ¡Tu tío es profeta!

D. San. — Mira, Josefina, amada esposa; no estoy dispuesto á que la paz de nuestro hogar aunque este hogar sea interinamente un Gobierno civil, se perturbe por cuestiones políticas... Nada de eso debe preocupar á una mujer encantadora, como tú, por quien yo, que nunca fuí ambicioso, he luchado y lucharé con todas mis fuerzas; porque no digo en un Gobierno de segunda clase; en un trono te sentaría yo si pudiera.

Jos. — ¿En un trono? Para lo que había de durarme...

D. San. — ¡Cuidado que estás guapa y elegante! ¿No crees que por tener una gobernadora como tú, se le pueden perdonar al gobernador sus ideas avanzadas...?

Jos. — No avances, no avances... y déjate de zalamerías: el asunto es muy serio.

D. San. — Por lo mismo que es serio no puedo aceptar tu intervención.

Jos. — ¡Ah! Eso es lo que yo significo para tí... En los asuntos serios de la vida, no debo tener voz ni voto; no soy tu esposa; tu compañe-

ra, soy un juguete; una criatura insustancial, que solo entiende de frivolidades. ¿No es eso? Esa es la consideración que te merezco á cambio de tantos sacrificios; de tantas privaciones como he compartido contigo...

D. San. ¡Pero, mujer, Josefina!

Jos. ¿Podrás decir nunca que me casé contigo halagada por la esperanza de un porvenir brillante? Recuerda como te conocí; que para todo estabas menos para enamorar, con aquel trajecito verdoso, que aun me parece que te estoy viendo, y veinticinco duros al mes en el Tribunal de Cuentas; que mis papás me tuvieron todo un verano en el Escorial para distraerme y quitarme de la cabeza que te quisiera. Y yo, te quería, por lo mismo; por lástima, como Desdémona á Otelo...

D. San. Sí, Josefina mía, si yo nunca he dudado... si yo no merezco...

Jos. Me acuerdo del primer regalo que te hice; media docena de pañuelos de hilo; porque gastabas unos de algodón, que daba lástima verte cuando te constipabas, con lo propenso que has sido tú siempre á constiparte...

D. San Sí, ya sé que tu corazón es muy grande...

Jos. Y después de casados, en días de apuros, ¿no he sido yo la primera en reducirme? ¿No hemos pasado meses enteros sin criada? Y yo he sido planchadora y cocinera y te he ayudado á traducir folletines del francés, y he vestido hábito durante dos años para poder presentarme con decencia, y gastar en vestir lo menos posible... Y lo más que habrás oido de mis labios... es: «que otros en tu lugar no se verían de aquella manera, que no servías para nada, que eras un majadero.. » Pero nunca me habrás oido quejarme... Y ahora pagas así todos mis sacrificios; diciendo que yo no entiendo de nada serio; que soy una mujer sin discurso...

D. San Lo que es eso...

Jos. Me tratas como á una cocotte ..

D. San ¡No digas desatinos! Yo no he tratado á esa gente en mi vida.

Jos. Luego si una mujer deja de ser honrada, todos son á recriminar su conducta; su marido el primero.

D. San. Naturalmente.

Jos. ¿Por qué seremos tan tontas las mujeres honradas? ¡Cuando ve una tanta perdida con el marido tan ufano que no sabe que hacerse con ella? ¿Por qué habrá una recibido cierta educacion?

D. San ¡Vaya! Este número no figuraba en los festejos de feria. ¡Dichoso gobierno! ¡Dichoso cargo! ¡Dichoso drama!

Jos. ¿Y tú que hablas de seriedad? ¡Lo serio, lo digno es lo que tu haces! ¡Faltar de ese modo á tus compromisos! ¡Hacer traición á tus buenos amigos; á los que te defienden y te sostienen. . y ahora que solicitan de tí una insignificancia...

D. San ¿Una insignificancia? Que atropelle la ley, la constitución...

Jos. Esos son tus escrúpulos; en cambio no tienes ninguno para dejarnos á todos en evidencia; después de lo ocurrido en la catedral; del mensaje que me han dirigido las señoras; de las instancias particulares de nuestros amigos; los del Solar; los Villaquejido; los Remolinos; los Peribañez... todo el mundo.

D. San Sí, el universo... Ea; ya me atufé yo. ¿Y quién es esa gente? ¿Quién son ellos, para dárselas de clases directoras?. . Es evidente; lo tengo observado; el síntoma peor para la moralidad de un país, es que los bribones se metan á moralizar. ¡Don Baldomero Remolinos asustándose por una comedia! ¡Ya no se acuerda de que al son del himno de Riego, inauguró su primer establecimiento; una tiendecilla de comestibles de mala muerte, hasta que logró la contrata de víveres para el presidio; y eso sí, en aquellos años, no se cometió un delito en la provincia; los suministros de don Baldomero ejercían más saludable terror que todas las penas del Código...

Jos. Parece mentira que te hagas eco de esas populacherías... Infamias, calumnias de gente baja; de esa gente á la que tú quieres satisfacer con un espectáculo de su gusto. Sin duda aspiras á que te aclamen; quieres ser popular por lo visto; pero no has contado conque no seré yo quien te acompañe en ese ridículo espantoso. Esta misma noche me iré á Madrid; sí, á Madrid; yo sola...

D. San. ¿Estás loca?

Jos. ¿Tú crees que yo voy á soportar las recriminaciones de los amigos; los desaires de todo el mundo?

D. San. ¡Dale con todo el mundo! ¿Pero tú crees que todo el mundo es la docena de personas que nos rodea?

Jos. No; ya se ve: para tí todo el mundo es... todo el mundo. Vas para tribuno de la plebe. Pero no asistiré yo á tu triunfo; cuando te echen de aquí, como no tardarán en echarte; cuando salgas desprestigiado; en ridículo, entonces comprenderás si tu mujer te aconsejaba con la mejor intención .. ¡Y soñabas con un Gobierno de primera clase!

D. San ¡Qué he de soñar! ¡Con dormir me contentaría yo! ¡Me has levantado jaqueca para una semana!

Jos. ¡Y no tomes á broma lo que te he dicho!.. Voy á disponerlo todo para marcharme.

D. San. Pero mujer, eso no puede ser...

Jos. Solo hay un medio de evitarlo.

D. San. Josefina, ¡que soy tu marido!

Jos. Puede que quieras demostrar carácter conmigo. ¡No faltaba otra cosa! Me iré, me iré.

D. San. Josefina; no demos un espectáculo en estos días de feria. Reflexiona...

Jos. Los dictados del corazón y de la conciencia no se reflexionan. Tú eres el que ha de reflexionar; tú que solo atiendes á respetos humanos, mezquinos!..

D. San ¡Por vida de los trozos escogidos! Corriente... Lo pensaré, veré, consultaré... Si hay un medio, uno solo, que sin atropellar la ley, me permita...

Jos. ¿De veras? ¿Consultarás con personas de talento, de criterio?... Verás como todos dicen lo mismo que yo; verás como entre todos te convencen. ¡Y qué agradable será para mí que todos blasonen de haber conseguido lo que yo no pude conseguir! ¿Te parece bonito?

D. San. ¿Pero tú crees que si no fuera por tí, dudaría yo un momento? Solo por tí vacilo todavía, y deseo, sí, deseo que haya un medio legal de faltar á la ley... que sí lo habrá gracias á que estamos en España. Pero no me hables de marcharte á Madrid, ni llores, ni me recrimines... Mira, mira; te has despeinado, te has descompuesto el traje...

Jos. ¡Qué me importa! Esa idea tienes de mí que solo entiendo de estas cosas... ¿Por qué me vestiré yo? Por el decoro del puesto que ocupas; pero lo mismo sé ponerme un delantal y trabajar en todo lo que haga falta en una casa.

D. San. Ya lo sé. ¡Pobrecita mía!. Y nunca he comido más á gusto que cuando tú, con tus manos de princesa preparabas nuestros modestísimos festines...

Jos. ¿De veras? Pues mira, gobernadora y todo, un día me meto en la cocina y recordamos aquellos tiempos.

D. San. Más tranquilos y más felices vivíamos entonces.

Jos. No, eso no; no vale poetizar desde lejos... Ya no te acuerdas de los malos ratos y los sofocos, y las humillaciones que hemos pasado en aquel Madrid Y debías tenerlo muy presente, para no exponerte á perder en un día lo que tanto nos ha costado.

D. San. Sí, es verdad; hubo días muy negros.

Jos. ¿Y quién te aconsejaba siempre lo mejor? ¿Quién te animaba? ¿Quién te daba esperanzas?

D. San. Tú, tú, tienes razón; no sé como he podido tener valor para contrariarte. Haré lo que tú quieras; ahora mismo, sin consultar con nadie. ¿Estas contenta? ¿Se yo apreciarte en lo que vales? ¿Merezco tu cariño?

Jos. Sí, sí, ahora lo mereces; pero ya verás como yo sé corresponderte. Ya estoy contenta, ¿lo ves? Mira qué fácil es contentarme. Dame un abrazo, otro. ¡Qué bueno eres en el fondo! ¡Cuánto te quiero!

D. San. Me aprovecho... ¡Cuánto tiempo hace que no me habías dado un abrazo. Desde mi nombramiento.

Jos. ¡Qué exagerado! Cualquiera que te oyese... ¡Desde tu nombramiento!

D. San. Digo, así... un abrazo espontáneo, porque comprenderás que no cuento los que impone la fuerza de las circunstancias. Ea, voy á estudiar el asunto. (Toca el timbre.)

Jos. ¿Todavía?

D. San. Bueno, á resolverlo de plano; á dar el golpe de estado (Sale el empleado.) Que venga don Trino; que lo deje todo. (Sale el empleado.) Y si hay un motín, si la gente se levanta contra mí... el que no tenga mujer que me tire la primera piedra...

Jos. ¿Qué hablas de motines, ni de levantamientos? Los pueblos son como las mujeres; necesitamos un hombre de carácter que se nos imponga, por la fuerza, si es preciso.

D. San. ¿Sí? Podías haber empezado por esa máxima...

Jos. Serás capaz de decir que no haces más que lo que yo quiero; que yo soy la Gobernadora.

D. San. No, no... yo qué he de decir... No empecemos otra discusión.

ESCENA III

DICHOS y DON TRINO

D. Tri. ¿Qué desea la señora?

D. San. No es la señora, soy yo; alguna vez he de ser yo. Siéntese usted aquí.

D. Tri. ¡Si no es cosa urgente!... Me falta el remate del escudo, y las almenas del torreón.

D. San. ¿Pero qué torreones ni qué remates son esos?

D. Tri. El escudo de la provincia, todo de flores,

que va en el centro de la mesa; á un lado las iniciales de usía y al otro las de su digna esposa, por muchos años... Ha quedado precioso.

Jos. Todo eso ha puesto usted. ¿Por qué se ha metido usted en tantos dibujos?

D Tri. Los primores son para las ocasiones. Hoy tiene usted gente de Madrid, y yo quiero que vean que por acá también sabemos hacer algo de gusto, sí señora.

D. San. Vaya, don Trino. Voy á dictarle á usted en un momento. Luego rematará usted esa obra de arte.

Jos. Sí, hay tiempo todavía.

D. San. La ortografía de usted es la única de confianza en esta casa.

D. Tri. Sí, señor; aunque esté mal la propia alabanza; pero los setenta y dos gobernadores que han pasado por esta casa en los veinte años que llevo en ella, siempre han estimado mis modestos servicios... De sus señoras, no hay que hablar; porque todavía me escriben algunas muy agradecidas; porque en componer abanicos y sombrillas y pegar porcelana, como en toda clase de ornamentación tanto como en entretener á los niños con juguetes nuevos y preparar un almidón especial para el planchado, que es un secreto de unas monjas que se lo dejaron de palabra, como favor especial, á la pobre tía que me crió hermana de mi padre. ¡Dios los tenga en gloria!

D. San. Don Trino, que el asunto es urgente.

D. Tri. Perdone usía, como la señora me escuchaba con interés...

Jos. ¡Ay! Si yo estaba pensando en otra cosa.

D. Tri. Con esta pluma no haré yo cosa de provecho.

D. San. Déjese usted de floreos caligráficos.

D. Tr. Permítame usía; pero tengo mi puntillo de amor propio... Ah, antes que se me olvide, el refresco...

Jos. ¿Ocurre algo? ¿Estará bien servido?

D. Tri. Así lo espero; pero es el caso que se ha encargado al café de las cuatro Naciones...

D. San. Donde siempre.

D. Tri. Permítame usía, donde siempre, durante las situaciones liberales; porque el dueño es liberal muy caracterizado; pero en situaciones conservadoras... se ha encargado siempre al café de Europa; y el dueño se ha resentido en esta ocasión, en mi sentir con algún fundamento, porque es persona que hace sacrificios por el partido.

D. San. Y yo que sabía, dí el encargo...

Jos. Como todo, sin enterarte, sin saber...

D. San. Bueno, bueno; supongo que no tendremos otro conflicto por el refresco.

D. Tri. Espero que no, porque con permiso de usía y sin contar con su venia, aunque desde luego contaba con su aprobación, he salvado el *lapsus* partiendo la diferencia. He encargo los helados de mantecado á las cuatro Naciones y los de fresa á Europa. Con esto queda sentado un precedente muy ventajoso, porque yo creo, salvo mejor opinión de usía, que el servir un refresco no debe hacerse cuestión política. Puede usía dictar cuando guste... (Voces dentro.)

Jos. ¿Quién viene á estas horas?

ESCENA IV

DICHOS y ESPERANCITA

Jos. ¿Cómo tan temprano y sola?

Esp. (Echándose en sus brazos y llorando.) ¡Ay, Josefina de mi alma, qué desgraciada soy!

Jos. ¿Qué te pasa?

D. San. ¿Qué le sucede á esa niña? (A don Trino.) Un momento... Vamos..

Jos. ¿Has tenido algún disgusto con tu papá ó con tu mamá?...

Esp. Yo no tengo papá. Yo no tengo mamá; yo no tengo á nadie en el mundo...

D. San. Pero niña...

Jos. ¡Vaya! Los mimos de siempre.

D. Tri. (Acercándose á don Santiago, que no le atiende.) Con

permiso; aprovecharé para terminar los torreones... No sosiego hasta concluir... Con permiso...

D SAN. (Sin hacerle caso) Sí, hombre, sí. (Sale don Trino. A Esperanza.) Conque vamos, ¿qué ha sido ello? ¿Cómo has venido sola?

ESP. Me ha traido una muchacha y vengo á quedarme con ustedes, depositada... Mi casa es peor que la Inquisición.

JOS. Vaya, Esperancita.

D. SAN. Si no supiéramos la verdad creeríamos que eras otra niña martirizada

ESP. Como la gente no está en interioridades... Figúrense ustedes que papá no hace más que comprarme cosas estos días...

JOS ¡Eso es horrible!

ESP. Sí, búrlate. Cuando papá me regala tanto es porque trata de darme algún disgusto y quiere prepararme.

JOS. ¿Y pareció el disgusto?

ESP. Ya lo creo. Hoy me ha llamado á su despacho y me ha dicho... me ha dicho...

JOS Acaba...

ESP. «Esperanza, hijita mía. .» Cuando papá me llama de esta manera siempre es para decirme algo desagradable. . «Yo no quiero contrariarte en nada...»

JOS. Ya lo ves...

ESP. Espera. «¿Quieres á Polito ó quieres á Manolo? Decídete, elije y no des más que hablar con tus coqueterías, embromando al uno y al otro y poniendo en ridículo á tus padres.»

D. SAN. Tiene mucha razón.

ESP. ¿Razón para hablarme de esa manera? Obligarme á que yo elija, sin que nadie me aconseje, sin que á nadie le importe que yo sea desgraciada para toda la vida, y después no pueda quejarme, porque me diría: «Tú lo quisiste, fué gusto tuyo...»

D. SAN. Es un problema...

JOS. Ahora, entre nosotros, ¿tú á quién prefieres, á Leopoldo ó á Manolo?

ESP. ¡Pues si yo lo supiera!

JOS. Y has salido de tu casa sin decir que venías aquí...

ESP. ¡Pues no faltaba más que lo hubiera dicho! Esa es otra. No sabes cómo se ha puesto mamá cuando ha sabido que don Santiago permitía la representación de ese dichoso drama.

D. SAN. ¿De veras? Pero si yo... Apropósito... Y don Trino? ¿Dónde está don Trino? (Llama y sale el empleado.) Avise usted á don Trino.

JOS. ¿Y qué ha dicho?

ESP. Verás: llegó la Marquesa diciendo que había visto los carteles, que tú habías faltado á tu palabra, que su ilustrísima había mandado á preguntar y que todas las señoras estaban indignadas contigo, y esta noche no vendría ninguna al Gobierno, ni volverían á saludarte.

JOS. (A don Santiago.) ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Qué disgusto! ¿Qué te decía yo? Pero si no hay nada de eso, si es una mala interpretación... Déjame, déjame, que voy á escribir cuatro letras á la Marquesa explicándole... (Se sienta y se pone á escribir.) Y tú, ¿por qué no has dado ya esa orden?... Tendré que darla yo...

D. SAN. ¡No faltaba más! En seguida.. Pero ese don Trino .. Don Trino... Tendré que traerle yo mismo... (Sale.)

JOS. (Sin dejar de escribir) ¿Y qué ha dicho la Marquesa? Se habrá desatado.

ESP. ¡Cosas horribles! Y como yo te quiero mucho ..

JOS. Ya lo sé, monina.

ESP. Y tú no tienes la culpa de que tu marido haga lo que le parezca.

JOS. Naturalmente ¡Cualquiera puede con los hombres! Ya verás; ya verás cuando te cases. No hacen más que lo que se les antoja... Perdona un momento. (Sigue escribiendo.)

ESCENA V

DICHAS y LA MARQUESA DE TORRELODONES. Después DON SANTIAGO y DON TRINO

M. TOR. Ya estoy vestida... Hola, Esperancita... ¿Y tu mamá? ¿No viene á ver los fuegos?

ESP. No lo sé...

M TOR ¿Vendrá mucha gente, Josefina?

JOS. No sé, perdona, concluyo en seguida.

ESP. Puede que no venga nadie.

M. TOR. ¿Nadie? ¡Ah! ¿Sigue la historia del teatro? ¡Pero esta vida de provincia es insoportable! ¿Qué ocurre? ¿Hay alguna novedad? (Josefina y Esperanza hablan á un tiempo.)

JOS. Tonterías de Santiago... Figúrate...

ESP ¡Cosas de la Marquesa que ha de meterse en todo!...

JOS. Que sin pensar había dado permiso.

ESP. Y la Marquesa dice que Josefina ha faltado á su palabra ..

JOS. Y las señoras no quieren venir esta noche. (Don Santiago ha entrado momentos antes y se dispone á seguir dictando, pero el ruído de la conversación no le deja.)

D. SAN. Hagan ustedes el favor, un momento... A ver si nos entendemos...

D. TRI. ¿Qué es esto? Yo no he escrito esto...

D. SAN. A ver .. (Leyendo.) «Querida amiga: con sentimiento he sabido que...» Y en la otra cara la comunicación al Ministro... Mira, Josefina, esto de mezclar la vida pública con la privada á casa paso, es intolerable. (A don Trino) Venga usted conmigo.

JOS. No, no; nos vamos nosotras... No rompas esa carta, la copiaré...

D. SAN. ¡Eso es! Deja de que copien antes la comunicación...

JOS. Será más urgente... Más valía que hubieras dado ya la orden sin explicaciones al Ministro...

D. SAN. Será más interesante que se entere la Marquesa. Copie usted, don Trino.

D. TRI. (Con finura.) Puede llevarse la carta la señora... Recuerdo perfectamente los términos de la comunicación, y sin que discrepe una letra puedo escribir de nuevo...

D. SAN. Toma... Y usted perdone, Carmen... pero estos días... ¡Qué días!

JOS. Todo por no tener carácter.

M. TOR. ¡Ay, qué provincias! ¡Madrid de mi alma!

JOS. Tienes razón. ¡Aquella libertad!

ESP. En cuanto yo me case, á Madrid en seguida. (Salen hablando.)

ESCENA VI

DON SANTIAGO, DON TRINO. Después DON BALDOMERO

D. SAN. ¡Qué mujeres!

D. TRI. Son la más bella mitad del género humano, es indudable; proporcionan ratos muy agradables; pero cuando hay que hacer algo de provecho, son perturbadoras, si señor... Quedamos en... (Leyendo.) «Y á mayor abundamiento...

D. SAN. Eso es.. Y á mayor abundamiento, como el estado de perturbación de las conciencias.. (Entra don Baldomero.)

D. BAL. Señor don Santiago.

D. SAN. ¡Amigo don Baldomero! ¿A qué debo tanto honor?

D. BAL. ¿No está aquí Esperancita?

D. SAN. Sí, señor... ¿Viene usted á buscarla?

D. BAL. No, no... pero siga usted, siga usted...

D. SAN. No faltaba más,.. (A don Trino.) Pase usted á secretaría; allá voy en seguida.

D. TRI. En secretaría están las garrafas.

D. SAN. No importa. (Sale don Trino.) Usted dirá, don Baldomero...

D. BAL. Usted dirá, don Santiago; usted dirá, si se puede jugar así con la seriedad de las personas.

D. SAN. Tranquilícese usted y todo el mundo, como

dice mi mujer; en este momento dirijo una razonada comunicación al Ministro, sin perjuicio de telegrafiar ahora mismo, anunciándole la prohibición de *Obscurantismo.*

D. BAL. Entonces, ¿cómo se han fijado los carteles? ¿cómo se despachan billetes en contaduría? por cierto que al venir, he visto la cola.

D. SAN. ¿Hay cola? No decían ustedes que no iría nadie...

D. BAL. Hay cola; pero de qué gente.. ¡La hez!

D. SAN. En fin, yo he dado la campanada. Si se altera el orden ustedes serán los responsables. Yo, con resignar el mando en el capitán general... ¡Ay, si pudiera resignar también el de mi casa!

D. BAL. No piense usted en eso. Todas las personas de orden estamos al lado de usted.

D. SAN. Sí, ya lo sé; pero yo creo que el arte de gobernar, consiste en tener al lado á la gente de desorden...

D. BAL. ¡Mire usted, don Santiago; el humorismo sí que no ha sido nunca gubernamental!... ¿Y su secretario de usted, don Manolito? ¿Por dónde anda? Tengo que hablarle...

D. SAN. No sé si habrá venido. (Llama.)

D. BAL. Ese joven es de cuidado. (Sale el Empleado.)

D. SAN. ¿Está don Manuel?

EMP. Me parece haberle visto entrar con otro caballero.

D. SAN. Dígale usted que don Baldomero le espera aquí. (Sale el Empleado.) ¿Dice usted que es de cuidado? ¿Por qué? ¡Porque la gente ha dado en decir que hace el amor á su niña de usted! Le advierto á usted que su posición hoy día, no es muy brillante para aspirar... Pero es un muchacho, activo; le tengo por honrado...

D. BAL. Y á mí me satisface la opinión en que usted le tiene.

D. SAN. Desde que le tuve de auxiliar en Hacienda...

D. BAL. ¡Ah! Conque de auxiliar...

D. SAN. Sí señor, sí.. ¡Chits! Aquí viene.

ESCENA VII

DICHOS y MANOLO

MAN. ¡Señores!...

D. BAL. ¡Querido! Venga usted acá... Ya sabe usted que se le quiere.

MAN. Sí. ya veo...

D. SAN. Vaya; don Baldomero quiere hablar con usted particularmente. Yo voy á resolver ese enojoso asunto...

MAN. ¿Del teatro?

D. SAN. Sí. ¡Prohibición absoluta! Hay que tener carácter..

MAN. ¿Prohibición?...

D. BAL. Sí, hombre, sí ..

D. SAN. (Asustado.) Es que usted cree... á usted le parece que dentro de la verdadera doctrina de gobierno...

MAN. No; yo no digo nada. Usted tiene sus motivos... Conque ¿decía usted, don Baldomero?

D. BAL. Siéntese usted, querido, siéntese usted á mi lado...

MAN. (Bajo á don Santiago.) ¡Qué afable!

D. SAN. (Idem á Manolo.) Me parece que se alza usted con la niña: viene á parlamentar. Que sea para bien... Hasta ahora. (Sale.)

ESCENA VIII

MANOLO y DON BALDOMERO

MAN. ¿Y cómo es que después de haber autorizado el cartel, ahora prohibe?... ¿No creen ustedes que puede dar lugar á un conflicto?

D. BAL. No se preocupe usted. Usted no ha de ser el responsable. Sobre todo, usted no estará aquí cuando eso suceda.

MAN. ¿Que no estaré aquí?

D. BAL. No; porque se marchará usted cuanto antes.

MAN. ¿Yo? ¿Marcharme yo? ¿Quién le ha dicho á usted?

D. BAL. Lo digo yo. Se marchará usted porque yo lo quiero; porque á mí no me conviene que siga usted aquí.

MAN. ¿Pero dice usted en serio todo eso?

D. BAL. Con usted hay que hablar claro; por eso hablo en serio.

MAN. Y pretende usted...

D. BAL. Ya lo sabe usted; que renuncie usted al cargo que ocupa, con cualquier pretexto justificado que usted encontrará, y que vuelva usted á Madrid cuanto antes.

MAN. Así; porque usted lo quiere; porque usted lo manda.

D. BAL. No; porque le conviene á usted; por evitarle disgustos. Si yo no tengo por qué quererle á usted mal, pobre joven...

MAN. Ahora me compadece usted.

D. BAL. Ya lo creo; porque es usted muy niño y tiene muy poco mundo.

MAN. Basta. Creo adivinar el motivo de su extraña actitud, y no debo pedir á usted más explicaciones. No le niego á usted que haya pretendido á su hija; yo no sé si ella me corresponde hasta el punto de que usted se subleve en su orgullo de potentado... ó en su cariño de padre. . pero por grande que sea mi delito al haberme atrevido á poner los ojos en su hija de usted; por muy señor de horca y cuchillo que usted sea en estos dominios de Moraleda, como no soy su deudor de usted en nada, ni su siervo de usted por lo tanto, no sé cómo podrá usted obligarme á cumplir esa pena de destierro, sin otra sentencia más firme que el capricho de usted.

D. BAL. Mire usted, joven; á mis años y á mi respetabilidad, sentarían muy mal las bravatas; con rodeos y habilidades tengo medios sobrados para haberle hecho á usted saltar de aquí, sin que usted mismo se hubiera ente-

rado... y no digo á usted; á quien yo quiera. Pero cuando directamente, cara á cara le digo á usted, «quiero que usted se marche», es porque puedo decirlo.. como consejo... Como mandato, si usted lo prefiere, se lo dirá el mismo don Santiago...

MAN. Por consejo de usted...

D. BAL. Por su propio decoro. Cuando usted dice que no me debe usted nada, olvida usted que hay deudas que pueden traspasarse y documentos comprometedores que pueden pasar de una mano á otra.

MAN. ¿Documentos que me comprometen? ¿En manos de usted?

D. BAL No sea usted niño. Usted conoce á Reinosa, el del Círculo de Recreo, donde se jugaba hasta ayer en que unos disparos indiscretos enteraron á don Santiago de que no se cumplían sus órdenes terminantes. Y se jugaba porque creían estar en su perfecto derecho, en cuanto por una carta...

MAN. ¿Eh? ¿Usted tiene esa carta?

D. BAL. ¿Lo ve usted? Esa carta que servía como de garantía ó recibo de cierta cantidad, está en mi poder; y si usted no lo evita, estará muy pronto en manos de don Santiago. Por lo mismo que esa carta no va firmada por usted, sino dirigida á usted, y por persona que al dirigirse á usted de ese modo, prueba hasta la evidencia la confianza que usted la inspira, usted dirá si á cambio de esa carta, es mucho pedir que levante usted el campo... Por satisfacer á Reinosa, que ve cerrado su Círculo, contra lo que se le había prometido, sé que ha dispuesto usted una visita al círculo de que soy presidente honorario y propietario de la finca. Le advierto á usted que, suponiendo que allí se jugara...

MAN. Téngalo usted por seguro. Se juega, y con puerta.

D. BAL. Siempre será entre personas decentes; mayores de edad para saber lo que se hacen, y no dar lugar á que nadie tenga que intervenir. Todos no somos iguales, señor mío,

aunque usted crea lo contrario; lo mismo al pretender á mi hija, que al pretender ponerme en ridículo ante mis enemigos, presentándome como un vulgar banquero de timba.

MAN. Perdone usted mi equivocación. Mientras creí que sólo razones de familia (que yo respetaba) le hacían dirigirse á mí de este modo, he podido escucharle. Veo que se trata de otros asuntos... puramente industriales, y no tengo para qué contestar. Puede usted hacer el uso que guste de ese documento; pero si llega usted á olvidar cómo se portan los caballeros, yo sé muy bien cómo se trata á los que no lo son. Ni una palabra más... ¡Josefina!

D. BAL. Está bien, joven, está bien.

ESCENA IX

DICHOS y JOSEFINA

D. BAL. A los pies de usted... ¡Siempre hermosa!

JOS. ¡Don Baldomero! ¿Viene usted por Esperancita? ¿Sabía usted que estaba aquí?

D. BAL. ¿Dónde mejor? No vengo á buscarla. ¿Es que le ha dicho á usted que ha tenido un disgustillo con su mamá? ¡Quién hace caso! Niñadas, mimos de hija única. Créalo usted; hijos, una docena ó ninguno.

JOS. Es verdad. ¿Ha hablado usted con mi marido?

D. BAL. Sí; ya me ha dicho que todo está arreglado; supongo que gracias á usted; es usted su ángel bueno. ¡Cuando se tiene al lado á una mujer inteligente!

JOS. Supongo que no faltará su esposa á ver los fuegos. Se hará música; bailarán los muchachos.

D. BAL. No faltará. Voy yo mismo á buscarla. Vendremos en seguida, antes de que la plaza se llene de gente y no podamos pasar.

Jos. Hasta ahora entonces. Esperancita está ya tan contenta.

D. Bal. Ya lo creo, estando con usted, la quiere á usted tanto... (A Manolo.) Hasta luego, joven.

Man. (Con sequedad.) Beso á usted la mano. (Sale don Baldomero.)

ESCENA X

JOSEFINA y MANOLO

Jos. Su futuro suegro.

Man. ¿Conque futuro?

Jos. La niña está enamorada de usted, no le quepa á usted duda; me lo ha confesado; solo espera que sus padres...

Man. Consientan...

Jos. Al contrario, que se opongan. Ya la conoce usted.

Man. Sí, esa niña venga á toda Moraleda de la tiranía de su padre; pero él no se opondrá á la voluntad de su hija; es muy solapado para eso, se valdrá de otros medios, me obligará á marcharme de aquí.

Jos. ¿A usted?

Man. Estoy en sus manos Don Baldomero me conoce. Si se tratara solo de luchar por mi cuenta; si fuera yo solo quien... pero se trata de alguien más, de la persona más querida, y usted lo sabe, mas respetada por mí..

Jos. ¿De mi marido?

Man. He dicho la mas querida; si he dicho la mas respetada, es porque yo respeto lo que usted respeta.

Jos. ¿Y se trata de mí? ¿Y don Baldomero le ha hablado á usted de mí? ¿Y dice usted que por mí puede usted verse obligado á renunciar á su boda con Esperancita? ¿A marcharse de aquí?

Man. A la boda, sabe usted que renuncio sin pena. Por consejo de usted empecé á tontear con Esperancita...

Jos. Me suplicó ella que le animara á usted. Era

un brillante porvenir para usted y ella tampoco perdía nada. Entre usted y estos señoritos de Moraleja que no saben salir del Casino, que no piensan ni se ocupan en nada serio, con mas vicios que los de Madrid, digan lo que quieran. . Además, yo había puesto empeño en hacer esa boda; nuestra buena amistad, al fin y al cabo es amistad de hombre y mujer siempre difícil.

MAN. Pero deliciosa. Con todas las delicadezas del amor y sin temer, al contrario, deseando que concluya.

JOS. ¿Que concluya?

MAN. Sí, porque ya sabe uno como puede concluir...

JOS. (Enojada.) No diga usted eso; si lo espera usted, si lo desea, no es usted mi amigo.

MAN. Desearlo no. El día que confió usted en mi lealtad y con lagrimas en los ojos, me dijo: «Estoy sola en el mundo, no tengo mas que á mi marido y á un marido por mucha confianza que inspire hay intimidades que no pueden confiársele... por ejemplo, lo que una piensa de él, de seguro le disgustaría.»

JOS ¿Yo le dije á usted eso?

MAN. En el fondo; en la forma variaba algo... Yo estrechaba sus manos de usted mientras usted me decia: «Sea usted mi amigo, mi verdadero amigo;» y desde entonces, la confianza que usted me dispensó, sus confidencias, intimidades que eran solo de usted y mías... ¡nuestras! todo lo que á otro, que la hubiera querido á usted menos le hubiera dado osadía, á mi me obligaba al respeto; me sujetaba el corazón, pero me contentaba tanto al mismo tiempo, me parecía tan noble, tan digno de mí aquel sentimiento, que créalo usted, no cambiaria esta dulce amistad por todos los amores del mundo.

JOS. Así me gusta. Es usted un hombre de honor. (Cogiéndole una mano.)

MAN. (Cogiéndole la otra.) No podrá usted dudarlo nunca. Todo, todo lo sacrifico por usted.

JOS. No, eso no. Yo no puedo aceptar ese sacri-

ficio. ¿Qué le ha dicho á usted don Baldomero?

MAN. ¡Josefina! Si no me marcho de aquí, don Baldomero hará que nos marchemos todos y en el ridículo mas espantoso... Porque él no cede y yo le estorbo, le molesto... no sé si como pretendiente de su hija ó como secretario del Gobierno. . es lo mismo.

JOS. ¿Pero cuenta usted con algo en Madrid?

MAN. Con nada. ¡De volver renunciaré á todo!... ¡No sé lo que será de mí!... ¡He luchado tanto!... Sí, lo sé .. Estos días ha vuelto á darme punzadas el corazón... es el aneurisma.

JOS. ¡No diga usted eso! ¿Por qué no se pone usted un sinapismo? Eso no será nada; yo también algunas veces, siento así... Pero usted no puede marcharse; no se marchará usted; se lo diré á Santiago.

MAN. ¿A don Santiago?... ¿No sabe usted que don Baldomero tiene en su poder una carta de usted?

JOS. ¿Una carta mía? ¿Qué carta?

MAN. Una carta que usted me dirigió...

JOS. Pero esa carta no tendrá nada de particular.

MAN. Según lo que llamemos particular. ¿No recuerda usted? Usted necesitaba pagar unas cuentas en Madrid sin que su marido supiere nada... Necesitaba usted con urgencia una cantidad No había más que un medio. Reinosa, exigía una garantía; porque no figurando don Santiago para nada, él no tenía motivos para fiarse de mí. Entonces convinimos en que usted me escribiera una carta, y esa carta...

JOS. ¿Pero esa carta salió de manos de usted?

MAN. ¡Usted me ofende! ¡Creyó usted que era yo el que necesitaba recibo!

JOS. ¿Y por qué no me dijo usted que era preciso entregar la carta?

MAN. ¿Y por qué me dijo usted que si en veinticuatro horas no enviaba usted á Madrid esa cantidad, tendría usted que separarse de su marido... por no oirle?

JOS. ¿Yo dije eso? ¿Pero no comprende usted que ahora estamos en manos de esa gentuza?

MAN. ¿Pero usted cree que esa gentuza saca de apuros por galantería?

JOS. Todo eso debió usted decírmelo antes. ¿Qué se hace ahora? Si mi marido ve esa carta...

MAN. No la verá. Con marcharme yo. .

JOS. Eso cree usted. Esa carta traerá mucha cola, ya lo verá usted. ¡Si cuando nace una mujer debía morirse! Y bien está que una se deje engañar, pero ustedes que conocen el mundo y saben con quien tratan ..

MAN. Ya lo creo; por eso yo le aseguro á usted que antes de marcharme de aquí, tendrá usted esa carta, cueste lo que cueste. Yo no puedo consentir que usted sufra por mí.

JOS. ¡Ni yo tampoco que usted pierda su posición por culpa mía!... Todo por tener un marido que no se hace cargo de nada. ¡Qué disgusto si se entera! ¡Créalo usted, más que si la carta le probase que yo le engañaba con cualquiera!. Ya ve usted. Yo comprendo que no se haga nada que perjudique á nadie; que cause daño!... por ejemplo, yo no faltaría á mi marido por nada en este mundo .. pero que jueguen ó que dejen de jugar y que paguen el capricho si pagan á gusto!... ¿Qué mal hay en esto? Pero no; la moralidad, el decoro .. ¿Cree usted que con el triste sueldo de un gobernador se puede vivir con decoro?... Pero son ustedes así. Lo mismo que usted Ya se le podía haber ocurrido algo... Pero no; lo mas simple; lo que se le ocurre á cualquiera .. «Me marcho, usted se queda aquí, sola; entregada á esos bribones que sabe Dios cómo tratarán de explotar el secreto»... Y además, como si una no tuviera corazón; como si sólo me importara lo que á mí se refiere; como si usted por su parte no significara nada para mí!... ¡No quisiera más que llevar pantalones, para que viera usted de lo que yo era capaz!

MAN. Ya lo sé, Josefina... Y si usted se atreviera, si yo contara con usted.

JOS. ¿Qué?

MAN. Daría la batalla, pero en grande. Sabría don Baldomero quién era yo; levantaría contra él á todos sus oprimidos; á todos los que le odian; y cuando él quisiera echarnos de aquí, la opinión popular estaría de nuestra parte... ¡Ah! Si usted creyera en mí; si usted fuera capaz de despreciar á esa á esa gente que tanto significa para usted...

JOS. ¿Qué puedo yo hacer?

MAN. Todo lo que sea atacarles en su terreno. En primer lugar, decir á don Santiago que permita la representación de *Obscurantismo*, que asista á ella, asistir usted. .

JOS. ¿Yo? ¡Qué disparate!

MAN. Sí; se malquistará usted con los suyos... ¡Los suyos! ¿Estaban con usted cuando vivía usted en Madrid humildemente... cuando para nada necesitaban de usted y podía usted necesitarlos?

JOS. Tiene usted razón.

MAN. En cambio... ¡Qué triunfo popular! ¡Si usted viera á la gente agolpada para comprar billetes en el teatro! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué anhelo de protesta!... ¡Cómo puede aprovecharse todo eso! Pero cuando llegue la orden de suspensión y vean en ello la influencia de los elementos reaccionarios con usted y con su marido.. No lo dude usted, es de temer un grave conflicto, que acaso le obligue á dimitir á don Santiago, y en condiciones desairadas con el Gobierno y con la población... En cambio, suponga usted que por significarse en sentido liberal, son los elementos reaccionarios los que le obligan á saltar de aquí... el pueblo, la gran masa estará de su parte, le aclamarán como campeón de libertades públicas, y el Gobierno... el Gobierno está muy quebrantado; en inminente crisis que ha de resolverse con predominio de los elementos liberales del Ministerio, y entonces no tendrán más medio

que apoyar á don Santiago, ascenderle quizás á un gobierno de primera... Esto es evidente, es alta política. Hay que mirar al horizonte, tener grandeza de alma y no creer que lo más importante es lo que está más cerca, sólo porque está más cerca. ¿No lo ve usted así?

JOS. Yo no veo nada, la verdad. Todo eso puede ser, usted lo dice. ¡Pero si hubiera crisis!

MAN. Es indudable.

JOS. ¿Usted en que se funda para creerlo?

MAN. El país está perturbado; hay desórdenes en varias provincias; habrá que suspender las garantías constitucionales, y para suprimir libertades, ya sabe usted que un gobierno liberal es el más indicado; siempre inspira más confianza; además, estamos en otoño; hay dos épocas en el año peligrosas para todo gobierno, la del veraneo y la del alfombrado con los cambios de ropa consiguientes. Miles de familias en la oposición que desean tomar baños en verano, y otras tantas casas que necesitan alfombra al entrar el invierno, son una fuerza que sólo necesita un pretexto para derribar á cualquier Gobierno. Créame usted, por instinto de conservación, don Santiago debe hacer alardes de liberalismo y el primero en permitir la representación de *Obscurantismo*, contra lo que ustedes le han aconsejado.

JOS. ¿Pero no comprende usted que si yo le digo ahora eso dirá con razón que estoy loca?

MAN. ¿Por que?

JOS. Porque no hace media hora le amenacé con marcharme á Madrid si la permitía.

MAN. En media hora ha podido usted ver las cosas de otra manera; las ha visto usted. Antes le aconsejó usted por egoismo; ahora le aconseja usted con mayor amplitud de miras.

JOS. ¿Y cómo le digo todo lo contrario de lo que acabo de decirle para convencerle?

MAN. Antes le convenció usted llevándole la contraria; ahora le será á usted más fácil.

JOS. Si usted no sabe lo que le he dicho, si... Además no creo que resolvamos nada. Ahora dirá la gente lo que ya dice la Marquesa, en casa de doña O; lo ha dicho, que si mi marido había permitido que se anunciara la obra es porque el empresario de la compañía es hermano de usted, y usted lleva parte en el negocio, y por eso usted había influído conmigo y yo con mi marido... ¡Buena es esta gente! ¡Ya ve usted lo que inventan!

MAN. No; lo saben todo y es verdad; menos que yo esperase encontrarme aquí con mi hermano; pero es mi hermano, sí; que ha corrido el mundo, como yo la vida, luchando por ella; él con sus empresas entre comediantes, yo con las mías, entre comediantes también; para él, como para mí, la mejor comedia es la que da para vivir; allá el que la escribió con sus ideas. No me pesa el haberle encontrado; ha venido á recordarme á tiempo, que como él, mi hermano, deben ser los míos; los que han luchado por la vida un día y otro; los que no pudimos gozar nunca el lujo de acordar nuestros actos con nuestra conciencia; los desheredados; ¡los oprimidos!... Y ahora porque llevo esta librea burguesa, sería yo traidor y cobarde si no estuviera á su lado, contra esa sociedad de tartufos, que quieren hacernos creer que defienden ideas, cuando defienden intereses ¡Libertad, ó religión, ó patria!... Esas son las palabras grandes que les sirven de trinchera ó de barricada para defender su interés egoísta; una posición social; un sueldo; hasta un negocio de timba, como don Baldomero. Yo por lo menos no engaño; lucho por la vida; defiendo á los míos. ¡Ya lo sabe usted! Ahora, elija usted; usted que es mujer de corazón; que ha sufrido y luchado en la vida, podrá usted saber también cuáles son los suyos .. ¡nosotros... ó esos!

JOS. Si tiene usted razón; si eso mismo es lo que yo siento; si no debemos consentir que esa

gente se nos imponga, si debemos darles una lección... Lo que no veo es cómo convenzo yo otra vez á mi marido...

MAN. ¡Aquí le tiene usted!... Yo estoy á su lado.

JOS. Va á decir que estoy loca, como si lo oyera; loca de remate.

ESCENA XI

DICHOS y DON SANTIAGO, muy satisfecho

D. SAN. Ya estarás contenta... (*A Manolo.*) Ya sabrá usted que por fin... Y en medio de todo estoy satisfecho. Envío al ministro una razonada exposición, una orden terminante á la empresa. ¿Qué ocurre? ¡Qué caras!... ¿He vuelto á equivocarme?.. ¡Josefina! ¡Habla!

JOS. Mira, Santiago; las mujeres no debíamos mezclarnos nunca en vuestros asuntos Somos impresionables, el círculo de nuestras ideas es mezquino, casero... (*Bajo á Manolo.*) ¿Voy bien?

MAN. ¡Admirable!

JOS. Damos demasiada importancia á una pequeñez y no sabemos mirar á lo lejos, al horizonte...

MAN. ¡Sublime!

D. SAN. ¿Y qué quieres decirme con todo eso?

JOS. Que un hombre de juicio no debe nunca tomar en cuenta lo que le aconseje su mujer.

D. SAN. ¿Y todo se te ha ocurrido ahora, en este breve lapso? ¿Qué le parece á usted?

MAN. Josefina se ha dejado sugestionar por ciertos elementos mal intencionados, sin comprender que usted no puede ser juguete de una politiquilla de campanario.

D. SAN De modo que usted cree que ha sido una atrocidad... ¡Ya lo decía yo! (*A Josefina.*) Y tú, tú me dices ahora...

JOS. Que te has equivocado; que has caído en un lazo; que te has puesto en frente de la opinión, y que sin pérdida de tiempo debes

salvar tu responsabilidad levantando esa prohibición arbitraria y ridícula...

MAN. Más arbitraria que ridícula...

D. SAN. ¡Oh! ¡Oh! Esto ya es demasiado (A Manolo.) ¿Qué le parece á usted? ¿Cómo es posible que rectifique por segunda vez, que mi autoridad quede por los suelos... ¡No! ¡No! Esta vez sostendré lo mandado aunque sea una barbaridad. ¿No sería ridículo que ahora?... Dígame usted imparcialmente...

MAN. Sí . en efecto...

JOS. (Bajo á Manolo.) Ahora me desampara usted. (Alto.) Manolo, si es sincero contigo, te dirá como á mí, que te expones á un grave conflicto, que se alterará el orden público, que te costará muchos disgustos tu obstinación.

D. SAN. ¡Mi obstinación! Señor, á cualquier cosa llaman obstinación.

JOS. (Los tres hablan casi á un tiempo.) Dígale uste lo que me dijo antes.

MAN. Yo decía que..

D. SAN. Es inútil; no puede ser.

JOS. Te pesará cuando sea tarde.

MAN. No se acaloren ustedes.

D. SAN. Aunque me pese, aunque arda Moraleda.

MAN. Señores, que viene gente..

JOS. Nuestros invitados. No se hable más. (Sale á recibir á la gente.)

D. SAN. Quisiera yo haber visto á Richelieu, á Felipe II, á cualquier gran político, con una mujer como esta.

ESCENA XII

DICHOS, JIMENA, BELISA y DON BASILIO. (Saludos etc.)

JOS. ¡Queridas! Así me gusta, las primeritas.

D. BAS. Señor don Santiago. .

BEL. Mas tarde no se podrá pasar. ¡Qué gentío! Nunca he visto tanta gente junta.

JIM. Es un maremagnum.

BEL. Creí que nos ahogaban.

JIM. Pues hemos estado si veníamos, si no veníamos...

JOS. Sí, ¿por qué?

JIM. Nos dijeron que había jarana... que la gente andaba alborotada alrededor del teatro...

D. SAN. ¿Conque jarana?

D. BAS. No será cosa. Cuatro alborotadores que protestan...

JOS. (Bajo á don Santiago.) Verás si nos cuesta cara la broma.

D. SAN. Eso ya lo sabía yo... Pero estamos á oscuras... Encenderé... ¡Vaya! No hay corriente.

JOS. ¡Qué gracia de luz!

JIM. En casa ha pasado lo mismo.

MAN. Otro monopolio de don Baldomero; así anda aquí todo, y váyale usted con multas.

D. SAN. Es que estos días con las iluminaciones, la máquina no tiene bastante fuerza.

D. BAS. Digan lo que quieran. Estos inventos modernos, no me convencen. Apariencia nada más. (Josefina ha llamado y sale un empleado.)

JOS. Traiga usted unos candelabros con velas.

EMP. (Dando una tarjeta á Manolo.) Este señor desea ver á usted, y si es posible, al señor Gobernador. Dice que se trata de un asunto urgente, de orden público.

MAN. Es el empresario del teatro.

JOS. (Bajo á Manolo.) ¿Su hermano de usted?

MAN. (Idem.) ¡Chits! (Alto á don Santiago.) ¿Quiere usted hablar con él?

D. SAN. No quiero hablar con nadie. Haga usted lo que quiera, resuelva usted lo que le parezca... Resigno el mando...

JOS. (Bajo.) ¿Qué va usted á hacer?

MAN. (Idem.) Darle un disgusto á don Baldomero. (Alto.) De modo que...

D. SAN. Lo que usted quiera, lo que ustedes quieran. Yo, de todos modos, voy á extender mi dimisión por si acaso. (Sale Manolo.)

D. BAS. Usted mareado con tanto asunto. Yo no sé qué gusto encuentran ustedes en desempeñar estos cargos.

D. SAN. ¿Yo? Ninguno. Puede usted creerlo.

BEL. (Al balcón.) Mira, mira, quién va por allí.

JIM. ¡Qué escándalo! Mire usted papá, mire usted.

JOS. ¿Qué pasa?

BEL. Que no puede una fiarse ni de la camisa que lleva puesta.

D. BAS. Estas hijas me tienen siempre con el alma en un hilo. ¿Qué hay?

JIM. Tomasa, la chica de casa, que nos dijo que iba á ver los fuegos en casa de su tía, y ahí la tiene usted paseando con uno que será su novio.

D. SAN. Es posible.

JIM. Luego si las ocurre un percance, dirán que una no las vigila.

BEL. O que no se las da ejemplo.

JOS. Por Dios, quién va á decir eso..

JIM. Debía usted bajar y llevársela á casa de un brazo...

BEL. El mejor día nos mete un hombre en casa y nos da un susto.

D. SAN. (Bajo á Josefina.) Qué más quisieran.

ESCENA XIII

DICHOS, LA MARQUESA DE TORRELODONES y ESPERANZA

M. TOR. (A Josefina.) Podíamos esperarte

JOS. He estado de conferencias. ¡Alta política!

ESP. ¡Hola, Jimena; adiós, Belisa!

BEL. ¡Qué mona estás! ¿Este es el traje que te han traído de Madrid?

ESP. No; este es de París y lo llevo muy á disgusto.

M. TOR. ¿Y papá, por dónde anda? Desde que hemos venido á Moraleda está hecho un golfo, todo el dia de pingo.

JIM. ¡Hijas! ¡Qué lenguaje! Estas son las madrileñas, luego se burlan de las provincianas.

BEL. Y á mí no me gusta como se viste.

JIM. Ni como se peina.

BEL. ¿Y os habeis fijado en el modo de andar?

JOS. (Bajo á la Marquesa.) Me parece que la Retórica y la Poética nos cortan un traje.

M. Tor. Pues que se anden con cuidado, porque ya sabes, que detrás de toda madrileña, por muy marquesa que sea, hay una chula; conque á ver si las doy recuerdos del Lavapiés.

Jos. ¡Qué cosas tienes!

ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA O y POLITO

D.ª O ¡Qué animado está esto!

Esp. ¡Mamá!

Pol. ¡Señoras!...

Jos. ¿Por fin se ha atrevido usted á venir?

D.ª O Después de sus explicaciones. Don Santiago...

D. San. ¡Ah! A los pies de usted, O

Esp. ¿Y papá?

D.ª O Venía conmigo; pero nos encontramos á Polito y se ofreció á acompañarme. Tu padre se ha quedado en el Casino; no tardará. Ha ido á enterarse porque corrían rumores de algo...

D. Bas. ¿Hay efervescencia?

D.ª O Gentuza que no tiene que perder. Parece que gritaban frente al teatro. .

Bel. Don Santiago, ¿usted cree que estaremos seguras?

D. San. Ya lo creo. Ustedes no tienen que temer.

Pol. ¿Está usted enfadada conmigo, Esperancita?

Esp. Estoy enfadada con todo el mundo.

Pol. Parece mentira con lo que todo el mundo la quiere á á usted.

Esp. Si es que no necesito que me quiera nadie. ¿Se entera usted?

Pol. ¡Qué amable!

Esp. ¡Mejor!

M. Tor. ¿No ha visto usted á papá?

Pol. Le dejé en el Suizo con Campos y Reguera. Quedaron en venir á ver los fuegos desde aquí.

M. Tor. ¿De veras? Cuánto me alegro.

D.ª O (A Josefina.) ¿Vienen los toreros? Aquí, al Gobierno... No me quedaba más que ver...

ESCENA XV

DICHOS, LA MARQUESA DE VILLAQUEJIDO, TERESITA, DON TEODORO y DON GUILLERMO

M. Vill. Miren ustedes á quién traemos aquí.

Ter. Vienen á la fuerza. Querían ver los fuegos desde la calle...

M. Vill. Ya están ustedes buenos; buscando las apreturas.

D. Gui. Y que las hay, las hay...

D. San. La verdad es que siendo la plaza tan grande, toda la gente se agolpa en este trecho.

D. Teo. Es que hay una tendencia natural en la humanidad al apretujón.

M. Vill. ¡Valientes coscones! Son ustedes el escándalo de Moraleda. La última cocinera que tuve se me fué por usted...

D. Gui. Ja, ja... ¡Qué diablura!

Bel. Sí; tienen muy buen gusto.

Jim. La cebolla y el perejil son sus perfumes favoritos.

D. Teo. Como no somos cotorras, no nos asusta el perejil...

Bel. ¡Qué galante!

Jim. No les digas nada, no vayan á soltarte otra coz .. ¡Estos solterones!

Ter. A mí me gustan mucho los fuegos, sobre todo los cohetes.

M. Tor. Pues en el convento no los verá usted...

Ter. Por eso me aprovecho... Cómo corren los paletos .. ¡Ja, ja! ¡Qué risa!...

ESCENA XVI

DICHOS, EL MARQUÉS DE TORRELODONES, CAMPOS y REGUERA

MARQUÉS ¡Señores! (Saludos, etc.)

M. TOR. (A Campos.) Venga usted al balcón, Campos, tengo que pedirle á usted un favor.

CAM. Usted dirá.

M. TOR. Un retrato de usted... así... Está usted muy bien...

CAM. Así, citando á matar. ¿Le parece á usted?

M. TOR. ¡Ay, qué gracioso! Traiga usted una silla.

D.ª O (A Josefina.) Y le asoma al balcón, para que se entere la gente... No se habla de otra cosa...

JOS. Lo creo. Aquí se asustan mucho de todo lo que se ve...

MARQUÉS Sí, señor; en los alrededores del teatro, que si se prohibe, que si no se prohibe; dicen que ha habido vivas y mueras...

D. SAN. ¿Y cómo no me han dado aviso? ¡Esos inspectores! Tendré yo que salir á enterarme... (Llama.)

M. VILL. ¿Pero ocurre algo? ¿Qué sucede?

D. SAN. Nada, nada... ¿Pero no hay uadie en esta casa. ¡Bueno está el Gobierno!

ESCENA XVII

DICHOS, DON BALDOMERO. Después MANOLO y UN EMPLEADO

TODOS (Viéndole entrar muy descompuesto.) ¿Qué hay? ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

ESP. Papá...

D. BAL. Nada. Un atropello. ¡Esa canalla! ¡Me han insultado!

TODOS ¿A usted? ¡Jesús!...

D. BAL. Se ha formado una manifestación frente al teatro, y vienen hacia aquí cantando el himno de Riego.

M. VILL. ¡El himno de Riego! Cuando se oía en mis tiempos, había que esconder la plata.

D. TEO. Ahora puede usted ahorrarse el trabajo. Se la han llevado toda otras músicas. (Entra Manolo seguido del empleado)

MAN. Don Santiago, pronto... Vienen hacia aquí, dando vivas á la libertad y mueras á... (A don Baldomero.) á usted, principalmente.

D. SAN. Pronto... El bastón, el sombrero... (Las señoras gritan. Belisa se desmaya.) El nuevo, no... Bueno van á ponerme.

D. BAL. Todo por no tener carácter.

D. SAN. Si me hubieran ustedes dejado cumplir con mi deber...

D.ª O A esto conducen las contemplaciones con esa gente.

JOS. La culpa la tiene mi marido por haber hecho caso de ustedes... ¡Ya lo ves! ¿No decían ustedes que todo el mundo pensaba como ustedes?... (Se oyen gritos cerca, vivas y mueras.)

TODOS Ya están ahí... Cerrad los balcones... No se asusten ustedes .. Apagad las luces, no tiren piedras... (Apagan las luces. Gran confusión.

D. SAN. ¿Por dónde salgo?... Venga usted.

JOS. No salgas... No salgas...

D. SAN. Mi deber es primero... (Se oye una detonación y aparece iluminado con luz roja el fondo de la escena. Gran gritería.) ¡Un tiro! ¡Fuego!

MAN. Es que se han prendido los fuegos...

D.ª O ¡Pobre Moraleda!

M. VILL. El fin del mundo...

JOS. Todo por ustedes... por ustedes... (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Dos palcos en la Plaza de Toros de Moraleda. El de la derecha figura ser el presidencial, y será algo mayor que el de la izquierda (del espectador).

ESCENA PRIMERA

DON TRINO y DAMIAN. Un acomodador.—El acomodador coloca en los antepalcos programas de seda Don Trino y Damián disponen el «lunch» sobre la mesa que habrá en el antepalco

D. TRI. Dejaremos aquí esto; las copas aquí. ¿Está todo?

DAM. Todo. Yo vendré á servirlo después del tercer toro, que es el descanso.

D. TRI. (Asomándose al palco.) ¡Cómo está la plaza! (Aplausos Don Trino se retira asustado.) ¡Uy, han creído que era el gobernador y me aplauden! ¡Pues no falta todavía para empezar!

DAM. Media hora lo menos. Los del sol lo toman con tiempo; como la localidad no está numerada... Pero hay menos entusiasmo que otros años... Vamos, ¿quiere usted una copita?

D. TRI. ¡Hombre!

DAM. Botella más ó menos...

D TRI. No nos vean desde los palcos.

DAM. En los palcos no hay nadie todavía. Y falta

mucha gente de los pueblos; como se ha retrasado la corrida con estas cosas...

D. TRI. ¡Buen vinillo, bueno!

DAM. ¡Y todavía hay mieditis!... Se han tomado precauciones en la plaza...

D. TRI. ¡Hombre! Yo creo que los ánimos deben estar apaciguados. Al fin y al cabo ha triunfado la libertad. Hemos visto ese drama, que es cosa buena, sí señor; al que le ha dolido le ha dolido; pero la gente ha manifestado su sentir...

DAM. ¡Y de qué modo! A nosotros nos rompieron dos lunas, y en casa de don Baldomero no han dejado un cristal.

D. TRI. Ahora que esos no se dan por vencidos. ¿Ha leido usted *El Abejorro?*

DAM. Y *El Eco*.. Esa historia de la gobernadora y del secretario... En el café no se hablaba de otra cosa esta mañana... ¡Otra copita! (Le ofrece otra copa)

D. TRI. No, gracias, se estima; pero no sea cosa que vaya á subírseme á la cabeza... y... Pues mire usted, todo eso puedo asegurarle á usted que es pura calumnia, sí señor; yo vivo en contacto casi diario, digámoslo así, con doña Josefina y con don Manuel, y con el mismo gobernador, y los tengo á todos (sin ofender y salvo el sagrado de las conciencias), por personas muy decentes, sí señor, de lo más decente que ha pasado por el gobierno en los veinte años que llevo en aquella casa, y ha pasado de todo, créalo usted, hasta personas decentes; pero la política no tiene entrañas, cada cual va á lo suyo y caiga el que caiga... La pobre doña Josefina lloraba esta mañana como una Magdalena...

DAM. Sí, ¿eh?

D. TRI. Conmigo no se oculta para nada. Se estaba rizando el pelo, ¡y le caía cada lágrimón!

DAM. Pues hay quien ha visto esas cartas de que hablan los periódicos.

D. TRI. ¡Han visto, han visto! ¿Y quién le dice á usted que no son apócrifas? Sí señor.

DAM. (Muy convencido.) ¡Ah, si es así!

D. Tri. Ya vió usted lo de Francia cuando el lío gordo; la de papeles falsificados; ¡hasta generales anduvieron en ello! Todo cuestión política. Créame usted, en cuestión de caligrafía yo me comprometo á falsificarle á usted todo lo que quiera; si á mí me hubiera tirado lo malo, como gracias á Dios me ha tirado lo bueno; y no me pesa, porque una conciencia tranquila vale mucho... créame usted que hago con la pluma lo que quiero; pero nunca me he servido de esta habilidad como no fuera para una broma inocente... Pero hay quien no piensa lo mismo; y hay quien por dinero es capaz de todo, sí señor; pero la pobre doña Josefina, vamos, pondría las manos en el fuego... ¡Pobre señora! Poniéndole cuellos y puños á las camisas de su marido la he visto yo muchas veces...

Dam. Pues no cree eso la gente.

D. Tri. La gente es mal pensada; sí, señor; lo sé por experiencia. Yo recogí por caridad, desde la edad más tierna á una sobrina de mi mujer, y todo el mundo dice que... créame usted; en todo esto hay más de lo que se ve, si señor; que si la hija de don Baldomero se enamoró de don Manolito; que si el padre se opone; que si doña Josefina ha mediado y á doña O le ha parecido mal, y para desilusionar á la hija quieren decir que si esto, que si lo otro .. (Ruido en la plaza.)

Dam. ¡Anda, ya se armó! ..

D. Tri. ¡Claro; pica el sol! ¡vienen con la bota!... (Asomándose al palco.) ¡Anda, ahora me silban!...

Dam. Si empieza así la tarde...

D. Tri. No será la última...

ESCENA II

DICHOS, JOSEFINA y MANOLO

Jos. ¿Por qué gritan? ¿Qué ocurre?

D. Tri. No es nada. El calor, el vinillo...

Jos. (Sentándose en el antepalco.) ¡Ay! ¡Estoy tan nerviosa! ¡Todo me asusta!

D. Tri. ¿Y el señor Gobernador? ¿No viene todavía?

Man. Está de conferencia con el representante de la empresa, y con el jefe de la Guardia civil...

Jos. Yo he querido venir temprano para entrar sin que me viera nadie... ¿Todavía falta mucho, verdad?

Man. Un poco.

D. Tri. Pues aquí estábamos disponiendo el agasajo.

Dam. El *lunch*. Yo volveré al descanso, con su permiso. (Sale.)

D. Tri. Yo también me retiro, si no manda usía otra cosa.

Jos. ¿No se queda usted á la corrida?

D. Tri. Sí señora; tengo mi andanada con la familia.

Jos. ¿Tiene usted mucha familia, don Trino? ¡No sabía que era usted casado!

D. Tri. Para servir á usía, soy viudo.. tengo á mi sobrina y tres pequeños... sí señora; á su disposición.

Jos. ¿Qué se dice? ¿Cree usted que habrá algo?

D. Tri. No señora; la gente viene aquí á divertirse; si los toreros se portan y los toros dan juego, todo será alegría; sí señora; ahora, si el ganado sale manso como el año anterior, ya se sabe; quemarán la plaza; es la costumbre.

Man. ¿Sí?

Jos. ¡Qué barbaridad!

D. Tri. ¡Son tremendos! El espectáculo de por sí ya es salvaje; esa es la verdad, sí, señor; pero créanme ustedes; el público es más salvaje que el espectáculo, sí señor.

JOS. A mí no crea usted que me divierte. Me gusta la animación; el paseo de las cuadrillas; la salida del toro; pero nada más. Y este año no hubiera venido de ninguna manera.

D. TRI. Lo comprendo; pero la posición, los deberes .. ¡Ay, es mucho mundo este, sí señora!... Si no manda usía otra cosa...

JOS. Nada, don Trino. (Sale don Trino.)

MAN. (Mirando á la Plaza. Hay buena entrada.

JOS. ¿Sí? Lo siento. Quisiera qne no hubiera nadie. ¿Hace usted el favor de un poco de agua?

MAN. ¿Quiere usted un emparedado, un pastelito? No ha almorzado usted nada... Está usted muy pálida.

JOS. No; no. Si usted supiera lo nerviosa que estoy.

MAN. No hay motivo. Yo le aseguro á usted que por esta vez hemos triunfado.

JOS. Sí; anoche todo fueron aplausos y vivas en el teatro, durante la representación; pero esta tarde aquí, después de haber leído la gente esos periódicos después de lo que habrán hablado... Al venir á la Plaza, desde el coche, he visto que todo el mundo leía *El Abejorro.*

MAN. Pero todo el mundo está indignado como yo esperaba. Dicen que es una calumnia inventada por don Baldomero, que de esta hecha revienta del sofocón.

JOS. Es probable. Porque además .. no sabe usted Esperancita ha dado un escándalo en su casa esta mañana; lo sé por las criadas. Ha dicho que se casará con usted y que se casará...

MAN. Si yo supiera que del disgusto... Pero no; que se la guarden... ¡Dichosa niña!... ¿Y don Santiago? ¿Ha hablado con usted? ¿Ha leído los periódicos?

JOS. Hoy apenas nos hemos visto. No sé... El no lee nunca periódicos de oposición. ¡Pero esa carta, si ve la carta!

MAN. Don Baldomero dice que la enviará á Madrid, al ministro...

JOS. Eso me tendría sin cuidado. García Pérez no se asustará por tan poco.

MAN. No; ese está curado de espanto.

JOS. Pero esta tarde, esta tarde tengo mucho miedo.

MAN. Esta tarde... tendrá usted un triunfo. Todo está preparado.

JOS. ¿De veras?

MAN. Ya verá usted. Al llegar el brindis de Campos se lo hemos dado por escrito, lo estaba ensayando mientras se vestía el traje de luces «Brindo por usía, por los gobernadores liberales como usía, por las mujeres bonitas que acompañan á usía, liberales como usía... porque el toro fuera uno de esos obscurantistas ..» Esto lo dirá mirando de reojo al palco de don Baldomero... «¡Y viva la libertad!» ¡Será un escándalo! Hemos repartido muy bien la localidad... Si alguno protestara... No tenga usted miedo, Josefina, el pueblo soberano está con nosotros. Si los toros salen bravos y Campos da una estocada de las suyas para que la gente se anime... El triunfo es nuestro.

JOS. Que quiere usted que le diga, yo tengo mucho miedo.

ESCENA III

DICHOS, LA MARQUESA DE TORRELODONES, DON SANTIAGO Y EL MARQUÉS VIUDO DE TORRELODONES

D. SAN. Hasta la hora en punto no nos presentaremos.

M. TOR. (A Josefina.) ¿Cómo has venido tan temprano?

JOS. Por entrar antes del barullo. Después se ponen los hombres en dos filas al pié de la escalera. .

M. TOR. Pero no dicen cosas como en Madrid (A Manolo.) ¿Es usted muy aficionado á toros?

MAN. Me gustan, pero no entiendo cosa. En muriendo los toros de una estocada, para mí están bien muertos.

M. Tor. No diga usted. Pues no va nada de estar caída á estar contraria.

D. San. Yo sí que no entiendo una palabra. Pero no ha habido forma de que este año presida el alcalde Está de punta con la empresa porque no le han dado la contrata de la carne y de los caballos á un cuñado suyo. No sé como me voy á ver...

Marqués Ya le apuntaremos á usted entre todos.

M. Tor. Mire usted, en varas, ha quedado Campos en avisar con disimulo. Cuando se rasque así las narices es para que se toque á banderillas. En banderillas ya sabe usted, tres pares, á no ser que pongan medios, y entonces deja usted que pongan cuatro, ó que el toro esté muy aplomado y entonces con dos tiene bastante .. Si es muy sencillo.

Marqués En último caso deja usted que el público le avise, es lo más seguro. Cuando le digan á usted: «¡Eh,» ó «que se duerme usía!» ó ¡«Es hora ya, señor presidente!» ó. .

D. San. Sí, ó me llaman morral ó algo peor. Es muy divertido. Después del tragín de estos días, la corridita.

Marqués Lo malo es que los toros con llevar cuatro días en los corrales habrán perdido algo. Hizo usted la tontería de suspender la corrida.

D. San. Echeme usted la culpa también si salen bueyes...

M. Tor. No lo diga usted ni en broma. Hay un berrendo en jabonero, y hay un melocotón...

Marqués Sabes que no ha habido medio de encerrar el primero á Lucerito.

M. Tor. ¿Y no lo mata Campos?

Marqués ¿Qué le vamos á hacer?

M. Tor. ¡Qué disgusto! ¿Lo ves? Si hubiera venido nuestro mayoral no pasaría eso...

Man. ¿Pero es que ese toro está domesticado?

M. Tor. Es que en ese toro he tenido yo siempre puestas mis ilusiones, y tenía el capricho de que lo matara Campos. ¡Para un capricho que tiene una!

Jos. ¡Hija, que afición! ¡Dichosa tú!

D. SAN. En fin, sea lo que Dios quiera. Es mi último acto oficial en la provincia.

JOS. ¿Eh?

D. SAN. Acabo de enviar mi dimisión por telégrafo.

JOS.
MAN. } ¡La dimisión!

MARQUÉS ¡Hombre! ¡No es para tanto! ¡Aquí dan ustedes una importancia á todo!

D. SAN. Sí, querido marqués; si las circunstancias no fueran tan críticas ya hubiera salido de aquí, pero el orden no está todavía asegurado.

JOS. Pero no comprendes que sin consultar, sin... acaso crean... la gente habla, es darles la razón...

D. SAN. ¡Me han engañado! ¡Todo el mundo me ha engañado!

JOS. Santiago...

D. SAN. ¡Todo el mundo! Y no se hable más.

JOS. (Bajo á Manolo.) Ha visto la carta.

MAN. (Idem á Josefina.) No lo crea usted. Todo lo más ha leido *El Abejorro.*

JOS. (Idem.) ¡La dimisión! ¿Y quién le dice ahora?...

MAN. (Idem.) Descuide usted, todo se arreglará.

ESCENA IV

DICHOS, BELISA, JIMENA, DON BASILIO, DON TEODORO y DON GUILLERMO

D. TEO. ¡Vaya si están ustedes guapas!

BEL. ¡No se burle usted! ¡Pobres de nosotras!

JIM. Demasiado sabemos que somos demasiado finas para usted.

D. GUI. ¿Van ustedes al palco de don Baldomero?

D. BAS. Van y no van.

D. TEO. ¡Caramba! ¿Cómo es eso?

D. BAS. Yo deseo permanecer neutral en estas luluchas. Estaban invitadas por el Gobernador y por D. Baldomero; y para no desairar á ninguno.

JIM. Yo voy al palco del Gobernador.

BEL. Y yo al de don Baldomero.

D. TEO. Muy bien pensado. ¿Y usted?

D. BAS. Yo en cuanto las deje me vuelvo á casa. Este espectáculo no me divierte; al contrario; me contrista; me hace desesperar de los destinos de este pobre país.

D. TEO. ¡Bah! Pues mientras nos quede esto... Este sol, esta alegría, y... esas mujeres.

JIM. Muchas gracias por el modo de señalar.

D. GUI. ¿Estuvieron ustedes anoche en el teatro?

D. BAS. Estuvieron y no estuvieron.

D. TEO. Vamos, estuvo una sí y otra no. ¡Buen sistema!

BEL. Jimena fué.

JIM. Pues estaba muy bien el teatro.

D. TEO. Calle usted; si no había más que hombres.

JIM. Estaría mal para usted.

D. TEO. Nosotros nos quedamos en el palco de Baldomero.

D. BAS. Yo voy á dejar á Jimena en el de Josefina.

BEL. Pero espere usted á que vengan señoras. No voy á quedarme sola con ustedes. Con esa fama...

D. TEO. Seremos juiciosos.

D. BAS. Te advierto que Teodoro, donde le ves, tiene mi edad; podía ser tu padre.

BEL. ¿De veras?

D. TEO. Cuando su papá de usted lo dice...

D. BAS Ea, vamos, Jimena. Adiós, hija. Ya sabes, luego os recogeré frente al Gobierno.

BEL (Asomándose al palco.) ¡Qué animación!

D. TEO. Es que no hay mujer fea con la mantilla... (A Guillermo.) Déjame tus gemelos; acercan más que los míos.

JOS. ¡Jimena!

D. SAN. ¡Qué mona!

D. BAS. Aquí se la dejo á ustedes.

D. SAN. ¿Y usted, no se queda?

D. BAS. No; es espectáculo que no me divierte. Conque... ¡Señores!

JIM. Hasta luego, papá. (Sale don Basilio.)

JOS. ¿Y Belisa?

JIM. Está aquí, al lado.

JOS. ¡Ah! ¿Con los de Remolinos?

JIM. Sí; nos habían invitado á las dos, y la verdad, las dos preferíamos venir aquí: para no regañar hemos tenido que echar suertes... Yo he sido la más favorecida.

JOS. Muchas gracias.

ESCENA V

DICHOS, DOÑA O, ESPERANCITA y DON BALDOMERO

D. BAL. Llegamos con tiempo.

ESP. Y para eso me has dado un sofocón, haciéndome vestir de prisa y corriendo.

D. BAL. Ya lo creo; te has cambiado siete trajes y catorce mantillas sin decidirte por nada...

ESP. ¡Y por fin vengo hecha una facha!

D.ª O ¡Ay, hija! ¡Nos quitas la vida á tu padre y mí! Yo no puedo más. Petronila se ha despedido; ya lo sabes; no vuelve á peinarnos. ¡Tal sofocón le has dado!

ESP. Bueno, mamá; si vas á consumirme toda la tarde, me paso al palco de Josefina!

D.ª O ¡No faltaba más! Que dieras esa campanada.

D. BAL. ¡Esperancita! ¡Cuidado conmigo! Y nada de tontear con nadie del palco de al lado, porque doy un escándalo en la plaza.

ESP. Para eso me habeis traído á rastra...

D.ª O Yo sí que vengo á la fuerza por no oirte.

D. BAL. Ea, vamos al palco y déjate de hacer pucheros... ¡Señores!

D TEO. ¡Baldomero!

BEL. ¡Preciosa! ¡Qué monísima viene!

D. TEO. ¡Guapísimas, elegantísimas!

ESP. ¿Y Jimena?

BEL. Está con Josefina. Nos invitaron á las dos y nosotras, la verdad, preferíamos venir aquí; hemos tenido que echar suertes. Yo he sido más afortunada.

D.ª O Y anoche, ¿echásteis suertes también por saber quién iba al teatro?

BEL. No me diga usted. La pobre Jimena fué sa-

crificada. Volvió á casa con un ataque nervioso.

D. BAL. ¿Ustedes estuvieron también, por supuesto?

D. TEO. Hombre, por curiosidad, en un entreacto; por ver quien había... Allí se gritó, se dieron vivas y mueras sin ton ni son...

D.ª O Y á la salida nos rompieron todos los cristales...

ESP. Y lo que más siento unas macetas de geráneos dobles que tenía en el balcón

D. BAL. Todo en nombre de la libertad.

D.ª O Todo por consentir que nos mande esa gente que empieza por no saber mandar en su casa.

D. BAL. No tienen carácter para meter en cintura á su mujer, y quieren meter en cintura á una provincia.

ESP. Papá, que van á oirte; que están al lado.

D.ª O Si por eso lo digo.

D. BAL. Por eso lo decimos...

JOS. (A Manolo.) Están ahí, verdad.

MAN. Sí; oigo la voz de don Baldomero.

JOS. Yo la de su mujer. Mi marido saldrá de aquí por esa gente; pero yo le aseguro á usted que antes de volver á Madrid, me oyen; vaya si me oyen...

MAN. ¡Qué graciosa está usted enfadada! ¡Qué graciosa está usted siempre!

JOS. Y usted; estos días, está usted como el orden público, muy alterado. Habrá que suspenderle á usted las garantías.

D.ª O Siéntese usted aquí, Belisa. (A Esperancita.) Tú á este lado...

BEL. Les advierto á ustedes que yo me paso la tarde en un grito. Sólo en pensar que el toro pueda coger á un hombre ..

D. TEO. ¡Qué envidia! ¿verdad? Digo, ¡qué lástima!

D. SAN. Ya va siendo hora. Entrad vosotras primero en el palco; á esta parte.

MARQUES Sí; no está bien que al lado de la Presidencia haya señoras, quitaría libertad al público para protestar...

D. SAN. ¿Cree usted que les quitará libertad? Entonces estoy por que se sienten con nosotros.

JOS. Vamos, Carmen, Jimena...

ESCENA VI

DICHOS, POLITO y REGUERA

POL. Esto es un palco, Reguera; mejor dicho es una cesta de flores.

SEÑORAS Gracias, muchas gracias.

MARQUÉS ¡Qué flamenco viene usted, Polito! ¿Va usted á tomar la alternativa?

D. SAN. Siéntense ustedes aquí; ustedes entienden de esto. Yo no he presidido, en mi vida, más que sesiones de la Diputación. (Ruído en la Plaza.)

MARQUÉS Ya es la hora.

D. SAN. Vamos allá. (Se sienta en el palco y hace la señal. Clarín.)

JOS. (A Manolo.) Ni un aplauso al aparecer mi marido. ¡Mala señal!

MAN. Tenga usted paciencia. Hay que reservar los efectos. (Silbidos)

JOS. ¡Silban!

MAN. Es al alguacilillo que sale hecho una facha.

JOS. ¡Ay! Si llevase cascabeles me sonarían. (Paso doble. Aplausos.)

M. TOR. ¡Campos, Campos! ¡Pero qué gracia tiene ese hombre en la plaza! Saca mi capote.

POL. Y traje nuevo.

M. TOR. Lo estrena todo.

ESCENA VII

DICHOS, LA MARQUESA DE VILLAQUEJIDO y TERESITA

M. VILL. Llegamos tarde.

TER. Por poco no perdemos el paseo que es lo que más me gusta. ¿Cómo están ustedes? ¡Ay qué bonito! ¡Cuánto torero!

D.ª O Pasen ustedes aquí.

D. SAN. Eche usted la llave, Polito, no vayamos á descalabrar á alguien.

M. VILL. ¿Ha venido Josefina con su marido?
D.ª O Sí, al lado está. ¡Qué descaro! ¡Presentarse en público después de lo ocurrido! Yo no quiero mirar.
M. VILL. Yo tampoco. (Tocan el clarín. Aplausos.)
MARQUÉS ¿Qué dicen ustedes?
POL. ¡Hermoso bicho!
MARQUÉS ¿Qué les decía yo á ustedes?
M. TOR. ¡Qué bonito! ¿verdad? Este es hijo de la *Pintada* y de *Marrullero*, ¿no es eso, papá?
MARQUÉS Tú lo sabes mejor que yo.
D. TEO. (A Guillermo.) ¿Tú conoces á aquella rubia gruesa de la delantera del ocho?
D. GUIL. Ya lo creo; si es.. (Al oido.)
M. TOR. Cualquiera la conoce.
MARQUES Ya empiezan con los recortes.
M. TOR. ¿Por qué no se abre Campos de capa?
POL Eso digo yo.
REG. Por algo quería yo estar en la barrera.
MARQUÉS Mire usted, mire usted qué ladrones. Así matan á los toros.
D. SAN. ¿Pero no salen para eso?
D. BAL. ¡Vaya un toro! Este es el ganado de ese señor Marqués de Madrid. ¡De Madrid había de ser!
D. TEO. Me parece un grandísimo buey...
D. GUI. ¡Pero qué buey!
TER. ¿Por qué dicen ustedes que es un buey?
M. VILL. Niña; no preguntes tonterías.
MARQUÉS ¡Pero qué hace esa gente! ¡Qué modo de entrar!
JIM.
BEL. } (Gritan.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Que le coge, que le mata!
JOS. No ha sido nada.
D.ª O No te asustes.
M. TOR ¿Pero qué hace Campos? ¿Por qué no corre ese toro por derecho?
REG. Yo le digo algo.
POL. No grites desde aquí.
JOS. Estamos divertidos.
MAN. ¿A que el toro nos da la tarde?
D. SAN. Cuando un toro no toma varas, ¿qué se hace?
MARQUÉS ¿Usted qué sabe si toma varas? Si no le han entrado una vez por derecho. Mande usted

á la cárcel á ese picador. ¡Para eso les da uno propinas! (Voces del público; «¡Al corral! ¡Fuego!»)

D. SAN. Pues el público pide fuego.

MARQUÉS Pues hará usted una barbaridad si hace usted caso.

D. SAN. ¡Vaya! ¡Otro conflicto!

POL. El Marqués, tratándose de sus toros, se olvida de todo. Es capaz de pegarle á usted.

D. SAN. No me faltaba más. ¡Querrá que baje yo á torearle! Ya oye usted. (Palmas de tango.)

M. TOR. ¡Palmas de tango! ¡La güasa de Madrid!

POL. Sí; traje yo esa moda el año pasado.

MARQUÉS Pues podía usted haberse traído un automóvil Ahora también tendrá la culpa el toro. Mire usted, mire usted, mire usted qué modo de sacar vara (Gran escándalo: «Fiuego! ¡Fuego!»; silbidos. «¡No lo entiende usted!»)

JOS. ¿Lo ve usted?

MAN. Nos ha preparado la tarde el torito.

D. SAN. ¿Qué hago?

D. TEO Pero, ¿por qué no foguean á ese toro?

D. BAL. Tendrá influencias con el partido liberal. Es gubernativo. (Arrecia el escándalo.)

JIM. }
BEL. } ¡Ay! ¡Ay! ¡Que le coge! ¡Que le mata!

JOS. ¿Pero no oyes al público, Santiago?

D. SAN ¿Pero no oyes al Marqués, Josefina?

M. TOR. Campos avisa que toque usted.

D. SAN. ¿Pero qué toco? ¿El violón?

MARQUÉS A banderillas.

D. SAN. ¿Pero qué banderillas? ¿De fuego?

MARQUÉS ¿Cómo de fuego?

M. TOR. ¡De fuego! Las pondrá Campos y el público no dirá nada.

D. SAN. ¡Bueno! Banderillas. Ahora es ella. (Toque. Silbidos; después aplausos.)

M. TOR. ¿Lo ve usted? En cuanto han visto al banderillero...

MARQUÉS Es que el toro no era para llevar fuego.

D. SAN. No; era para llevar leña.

M. TOR. ¡Cómo cita! ¡Qué gracioso!

JIM. }
BEL. } ¡Ay! ¡Ay!

JOS. ¡Jesús, qué nervios! (Aplausos.)

M. TOR. ¡Qué par ha puesto! ¡Qué par!... (Aplausos) ¡Otro, otro! ¡Qué dos pares! Yo me vuelvo loca...

JIM. / BEL. ¡Ay! ¡Ay!

D. SAN. Salimos del conflicto.

MARQUÉS Toque usted á matar.

D. SAN. ¡A matar! ¡Pobre animalito! (Toque.)

MAN. Ahora el brindis. ¡Ah, don Baldomero, ahora es la mía. Veremos cómo responde el pueblo soberano.

M. TOR. A ver qué dice Dirá algo gracioso, porque tiene mucha gracia para los brindis... y para todo... (Se oyen algunas palabras del brindis.)

CAM. (Dentro.) ... Usía .. liberales... bonitas... liberales... ¡La libertad!... (Gran ovación; vivas á la libertad. Vivas al Gobernador. Vivas á la Gobernadora.)

MARQUÉS Salude usted... usted también... Saluden ustedes todos.

D. BAL. ¡Qué farsa indigna! ¡Esto no puede tolerarse! Yo me retiro. (Se levanta del asiento. Mueras á la reacción, á los obscurantistas, silbidos.)

MAN. Ahora lleva lo suyo.

D.ª O ¿Pero es á ti? ¿Es á nosotros?

ESP. ¡Ay, papá! ¡Es á nosotros!

M. VILL. ¡Pero qué gente! ¡Esto es intolerable!

BEL. ¡Qué disgusto! A ustedes...

D.ª O Vámonos, vámonos. ¡Insultar á mi marido! ¡Ya no hay respeto, ya no hay vergüenza!

D. BAL. ¡Me las pagarán, me las pagarán! Todo esto venía preparandose...

D. TEO. Eso se desprecia.

MARQUÉS Y el toro se enfría...

D.ª O No, no; vámonos, vámonos..

M. VILL. Nosotras con ustedes.

BEL Y yo, y yo... (Salen doña O, la Marquesa de Villaquejido, Esperanza, Teresa y don Baldomero)

D. TEO. ¡Cuánto me alegro de que se vayan!

D. GUI. ¡Y yo!

D. TEO. ¡Y cuánto me alegro del sofocón! Este sufragio no se falsifica... (Voces. «¡Riego! ¡Riego!»)

D. SAN. Piden el himno de Riego.

MARQUÉS Y el toro se enfría.

M. TOR. ¿Pero cómo va á matarlo Campos si están tirando cosas?... («¡Riego! ¡Riego!»)

D. SAN. ¿Dónde está el tubo acústico? Aquí.

MAN. Mande usted que lo toquen.

D. SAN. ¡Claro que sí! (Hablando por el tubo.) El himno de Riego... sí... que lo toquen.

MAN. ¿Qué dicen?

D. SAN. ¡Otro conflicto! Que la banda municipal no lo sabe...

JOS. Que están tirando botellas y de todo... Que van á matar á uno.

D. SAN. (Hablando por el tubo.) A ver... que salga el pregonero... que diga que la banda no puede tocar el himno de Riego, porque no lo sabe; pero que lo aprenderá mañana mismo. ¿Qué les parece á ustedes?

TODOS ¡Muy bien! ¡Muy bien mandado!

D. SAN. A ver si callan.

MAN. (A Josefina.) Don Baldomero se ha ido del palco con su familia... ¿Qué le decía yo á usted?

JOS. Tiene usted mucho talento.

MAN. ¿Nada más?... Y mucho corazón... (Se oye el pregonero.)

PREG. Respetable público: la banda no toca el himno de Riego, porque no lo sabe; pero desde mañana se pondrá á estudiarlo para tocarlo siempre que se pida... (Tambor. Aplausos. Se oye á lo lejos. Vivas.)

MARQUÉS Salude usted. Saluden ustedes. (Ovación.)

D. SAN. ¡Estoy emocionado! Un público, más que un público, todo un pueblo que le aclama á uno cuando uno tiene la satisfacción de haber cumplido con su deber...

JOS. ¿Y á quién le debes este triunfo? ¿Quién te aconsejaba?

D. SAN. Tú, sí tú... cada vez una cosa; pero tú siempre... Ahora hay que esperar á que limpien el redondel. Parece mentira que hayan podido tirar tantas cosas en tan poco tiempo..

MAN. Sí; cuando la gente se alborota tira muchas cosas, lo malo es que no tira las que debe.

MARQUÉS Y el toro se enfría...

M. TOR. ¡Pobre Campos! No va á poder lucirse. (Entra el empleado.)

D. SAN. ¿Qué ocurre?
EMP. Este telegrama urgente, acaba de llegar al Gobierno...
D. SAN. A ver...
JOS. Es de Madrid...
D. SAN. Sí. Vea usted, Manolo; yo no me atrevo, me asusta todo.. usted sabe...
MAN. Lo esperaba... «Resuelta crisis, ministerio concentración liberal.»
MARQUÉS ¿Eh?
MAN. «Gobierno no acepta dimisión. Propone usted gobierno primera y felicita campaña liberal.»
D. SAN. ¡Josefina! ¡De primera!
MARQUÉS ¡Enhorabuena!
POL. Felicidades...
D. SAN. ¡Un abrazo! y á usted, y á usted...
JIM. Por algo quería yo venir á este palco.
JOS. ¿Lo ves? Si no fuera por nosotras, ¿qué sería de vosotros?.. Y habrás dudado de mí; y acaso habrás creído... ¡Si tú supieras qué días he pasado!
D. SAN. Y yo... ¿Pero dudar de tí?... creer yo esas calumnias... Eso nunca, Josefina, nunca.
JOS. Menos mal... Alguna vez me había de hacer justicia.
POL. ¡De primera, de primera! Hay que celebrarlo. ¡Vaya una copita!
D. SAN. Venga, venga.
D. TEO. (Asomándose al palco.) Venga aquí también, que ya todos somos unos... (Todos ríen.) Vaya un plantel de mujeres hermosas y castizas y... (Bebiendo.) Vaya por ustedes... (Risas.)
MARQUÉS Ya está limpio el ruedo; ya vuelve Campos al toro...
TODOS Vamos á verlo. Al toro, al toro..
D. TEO. ¡Buen pase!
M. TOR. ¡Qué pases más divinos!... ¡Y ese molinete! ¡Y ese por bajo! ¡Yo me vuelvo loca!
POL. Vamos á ver...
D. SAN. Es un momento imponente.
JIM. ¡Ay! ¡ay!
TODOS ¡Qué estocada! ¡Cae sin puntilla!... ¡Bravo! ¡Bravo!

M. Tor. ¡Y cómo ha salido, cómo ha salido! (Aplausos. Voces. ¡Qué se la den!) ¡Que tarda usted! ¡Dele usted la oreja!

D. San. ¿Yo? Que se la den... ¡Ay qué tarde, qué días!... Crean ustedes, un pueblo que en media hora me silba; me aplaude; da vivas á la libertad; aclama á un torero... á las mujeres guapas y vuelve á silbar, y torna á aplaudir... ¿Cómo va á gobernarle uno?

Man. Pues nada más fácil; ya lo ve usted; con toreros valientes y mujeres guapas, si no se le gobierna, se le entretiene.

Marqués Vamos con el segundo... Don Santiago.

D. San. ¡Señor! ¡Que no se tuerza la tarde! ¡Ah! Manolo; antes con la emoción no le dije á usted nada. Cualquiera que sea mi destino, usted siempre á mi lado.

Man. ¡Don Santiago!

D. San. No faltaba más. Usted en estos días de prueba ha sido el verdadero Gobernador...

Man. ¡Don Santiago! (Protestas del público.)

Marqués Vamos con el segundo...

Man. (A Josefina.) ¿Está usted contenta? ¿Merezco su confianza, su cariño?...

Jos. No me atormente usted. Si usté supiera... (Señal de clarines.) ¡Ay, qué susto!

Man. Está usted muy nerviosa...

Jos. Si lo estoy, sí. Yo no sé como agradecer á usted... Ha sacrificado usted tanto por mí... su porvenir... su...

Man. ¿El porvenir? Usted dirá, ¿vuelvo á Madrid? ¿Acepto el ofrecimiento de don Santiago?

Jos. ¿Yo qué voy á decirle?

Marqués ¡Este sí que pega! ¡Duro, á picar!

M. Tor. Josefina... vamos... ¡Vaya una larga! ¡Ay! ¡Qué quite! ¡Qué quite!...

Jos. ¡Ay! ¡para mí lo quisiera!... ¡Acepte usted!

M. Tor. ¡Pero qué faena está haciendo ese hombre! (Aplausos. Ovación. «¡Música! ¡Música!»)—Telón.

FIN DE LA COMEDIA

NOTA

Los Directores de teatros, en provincias, pueden suprimir los personajes de: La Marquesa de Villaquejido, Teresita y Reguera. En este caso, en el primer acto el Marqués de Torrelodones dirá las frases correspondientes á Reguera; Doña O, las correspondientes á la Marquesa, y en el segundo, la entrada de D. Guillermo y D. Teodoro, será en la escena XIV con Doña O y Polito. En el acto tercero quedan suprimidos en absoluto sus papeles.

El Autor.



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, **Salón del Prado, 14, hotel,** considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.